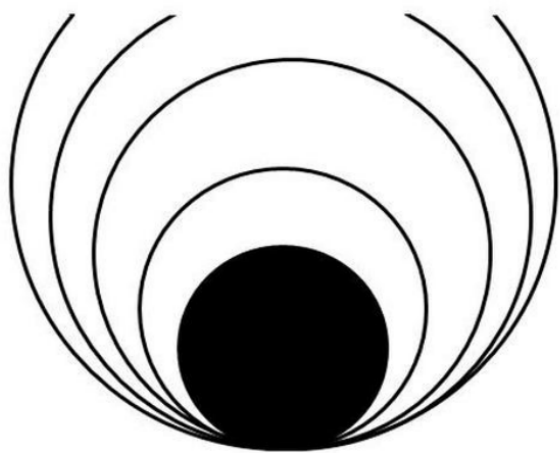




COLAPSO

Curtis Garland





PUNTO ROJO



**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección **SERVICIO SECRETO:**
1.500. - Los tentáculos del terror mundial.

En Colección **PUNTO ROJO:**
898. - Dama de senos mutilados.

En Colección **LA HUELLA:**
134. - Pasaje sin salida.

CURTIS GARLAND

COLAPSO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 906
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B. 24.713 - 1979

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: septiembre, 1979

© Curtis Garland - 1979

texto

© Norma - 1979

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) - Barcelona - 1985

PRÓLOGO

Miró hacia atrás.

El corredor era largo. Muy largo. Casi interminable. Blanco. Muy blanco. Casi irreal.

No había nadie. Nadie, excepto ella.

Ella. Y el silencio. La soledad. El terror...

Pensó que algún animal fabuloso e invisible cabalgaba a sus espaldas para darle alcance. Tardó en saber que aquella estremecedora cabalgada que repercutía sordamente en su interior, no era otra cosa que su propio corazón, palpitando violentamente, haciendo retumbar su pecho joven con fuerza angustiosa.

Y, sin embargo, no había nada ni nadie en torno de ella. Sólo la blanca asepsia del centro hospitalario. Sólo los muros impolutos y blancos. Sólo el olor aséptico, el suelo terso y brillante sobre el que sus tacones golpeaban sordamente al caminar.

Estaba sola.

Sola.

Sin embargo, era peor que sentirse rodeada de gentes amenazadoras. Mucho peor. Porque para ella, esa soledad significaba terror, tensión... acaso muerte.

Muerte.

Se detuvo. Apoyó su rubia cabeza en el muro. Trató en vano de controlar la agitada palpitación de su pecho. No era fácil conseguirlo. Estaba asustada. Demasiado asustada para poderse controlar en nada medianamente.

Las luces brillaban en los desiertos corredores. Luces redondas, blancas, crudas, centelleantes. Daban brillo blanco a las paredes, a las puertas, a los suelos, a los uniformes de enfermeras y de médicos, a las batas de los internados. Ahora no había ante ella otro blanco que el de su propia bata corta, terminada por encima de sus rodillas.

Pero esa soledad era engañosa. Ese silencio, también. Ella lo sabía.

Allí, en el silencio y el vacío, estaba la muerte. Una muerte a la que ella no podía escapar, como otros tampoco lo habían hecho antes. En aquel aséptico, limpio laberinto mortal, estaba su destino, unido al de otros que antes que ella encontraron una muerte horrible.

Y nadie, absolutamente nadie, vendría en su ayuda. Nadie surgiría para salvar su vida, para descubrir la espantosa verdad que allí dentro se ocultaba. Una verdad que había costado ya mucha sangre. Que costaría todavía más.

La suya, en principio. Eso nadie podía remediarlo. Ni ella misma. O quizá ella menos aún que nadie.

Estaba tan sola, se sentía tan débil, tan cansada, tan vencida...

Angustiadamente, miró a ambos lados. Buscaba una salida, un camino, una posibilidad de evasión, fuese cual fuese. Sí, pero... ¿cuál?

¿Existía ya para ella esa posibilidad remota en aquel laberinto blanco y desinfectado que era el gran hospital?

Se le ocurrieron muchas respuestas. Todas negativas. Todas espantosamente negativas...

Y tuvo miedo. Mucho miedo. Más miedo del que nunca tuvo últimamente, que ya era decir.

Entonces, justo entonces, la garra helada del terror la aferró el corazón y la mente.

El ruido.

Era un ruido. Un ruido tras ella.

Leve, sutil, casi inapreciable. Un ruido que casi no se podía percibir. Pero ella sí lo había captado.

Estremecida, empezó a volverse. Se encaró con la realidad. Sin duda alguna, con una espantosa, alucinante realidad que venía sobre ella...

Lanzó un grito agudo. Un grito de profundo horror cuando reconoció a la persona que aparecía allí, ante ella, aproximándose sin prisas, segura de que no tenía por qué darse prisa, ya que no había escapatoria para ella. La carrera hacia la muerte estaba tocando a su fin. La meta estaba cercana. Tristemente cercana. Era el final de todo. Incluso de ella misma.

La figura humana se aproximó por el corredor. Paso a paso. Mirándola con helada sonrisa. Con ojos inexpresivos, gélidos. Con una rara mueca crispando su faz. Una faz que ella no recordaba haber visto antes con una expresión semejante. Era como verla por primera vez. Como descubrir que, hasta entonces, sólo había conocido una simple máscara.

Y tras esa máscara, estaba esto. Esta faz, este gesto, esa mirada de crueldad implacable, de perversidad infinita. Demasiado tarde, sabía lo que significaba aquello.

Era de muerte. Su sentencia inapelable.

No iba a ser la primera en morir. Ni sería la última. Aquel lugar maldito olía a cadáveres, a horror, a muerte solapada y siniestra. Desde mucho antes. Desde que comenzaron las muertes inexplicables, el misterioso pavor de las personas víctimas del trágico *shock*...

Aquel ser que significaba la muerte, la estaba contemplando ahora, parado frente a ella. Lentamente, su mano se hundía en sus ropas, para extraer algo. Algo que centelleó entre sus dedos. Algo que tenía un filo agudísimo, una punta de acero capaz de hundirse en la carne, de desgarrar, de matar: un bisturí. Un largo y afiladísimo bisturí.

Y era para ella. Era para asesinarla inexorablemente. Allí mismo.

Ni siquiera trató ya de huir, de correr pasillo adelante. Todo tenía un fin. Y éste era el suyo. Miró el rótulo indicador que brillaba luminoso en la pared, ante ella.

Tenía su lado irónico, casi cruel. Indicaba hacia dónde se iba por aquel corredor: «Al Depósito de Cadáveres».

Era realmente significativo. Allí iría ella a parar poco después. Muerta a manos desconocidas. Un crimen más en el gran recinto hospitalario. Otro sin probar, sin que su autor fuese hallado ni desenmascarado.

—¡Dios mío, no...! —sollozó, cayendo de rodillas, estremecida, con las lágrimas deslizándose de sus claros ojos—. ¿Por qué... por qué?

No obtuvo respuesta. Aquellos ojos fríos seguían clavados en ella. El bisturí centelleaba a la cruda luz blanca del corredor. ¿Para qué iba a contestarle? Conocía muy bien esa respuesta, aun sin necesidad de que fuese formulada.

Avanzaron unos pasos más los pies del criminal.

El bisturí se elevó en el aire. La mano lo apretaba con fuerza. Descendió la delgada y aguda hoja de acero.

Un larguísimo, escalofriante alarido de angustia, de pavor infinito, rasgó el tenso silencio del hospital.

Y el bisturí alcanzó la tersa y pálida piel de la garganta de Geraldine Swain, internada en el Psychiatric Medical Center de la ciudad de Nueva York...

Luego, la sangre corrió tumultuosa, escapando de la garganta herida de muerte.

Despertó sobresaltada.

Se puso en pie en el lecho, sintiendo su joven cuerpo bañado en un sudor helado como la misma muerte. Su corazón palpitaba agitado y le sacudían temblores espasmódicos.

—Cielos... —gimió, envolviéndose instintivamente en la sábana—. Era sólo un sueño, una pesadilla... Nada era cierto. No existe el hombre del corredor... ni tampoco el bisturí en mi garganta...

Geraldine Swain se enjugó la húmeda piel con la propia sábana y respiró con fuerza, sintiéndose paulatinamente menos agitada. Miró a su alrededor.

Estaba sola en su habitación del gran centro médico neoyorquino. Una pequeña luz verdosa brillaba sobre la mesilla, para no dejar en total oscuridad la estancia.

Más allá del reducido radio de acción de esa luz, todo eran penumbras. Y más al fondo, sombras profundas, sólo alteradas por algún reflejo de las luces ciudadanas, entrando por las rendijas de la persiana graduable.

Todo era normal allí. Su pesadilla no tenía sentido alguno. Había imaginado cosas terribles durante aquel sueño. Había sido tan viva la impresión de la herida en la garganta, el cálido río de sangre deslizándose por su piel hasta los pechos jóvenes y espléndidos... Necesitó tocarlos ahora, para ver que solamente el tenue sudor frío humedecía las redondas y generosas formas de su torso femenino. Ni una sola gota de sangre. Todo eso sólo había existido en sueños.

Alargó una mano todavía temblorosa. Tomó de la mesilla su vaso de agua y el frasco de cápsulas. Ingirió dos con un trago de líquido.

Luego, tranquilizándose paulatinamente, dudó si llamar a la enfermera de servicio nocturno para exponerle su estado psíquico tras la pesadilla. Finalmente, optó por no llamar. Hubiera resultado ridículo molestar por eso a su enfermera. Sabía que su amabilidad era muchas veces más ficticia de lo que parecía, y que le molestaba ser importunadas sin un motivo serio, sobre todo a altas horas de la madrugada.

Se acostó de nuevo, disponiéndose a intentar descansar si ello era posible, ya sin ideas absurdas sobre un posible criminal, un estado de terror y una situación límite, en las fronteras de la muerte.

Pero lo cierto es que no todo era obra de su subconsciente. Ella sabía que, en realidad, ese fantástico asesino de su sueño existía. Y estaba dentro del centro psiquiátrico. Era alguien de allí, de los que quizá ella trataba diariamente.

Pero ¿quién?

Vagamente, recordaba haberse sorprendido en sueños ante la identidad real del monstruoso asesino. Pero ni siquiera sabía ahora qué rostro había visto en su pesadilla, ni pudo evocarlo exactamente, pese a su actual esfuerzo de imaginación. Quizá ni siquiera había sido un rostro real, sino una simple deformación de su mente durante el sueño estremecedor.

Iba a cerrar los ojos, intentando descansar, cuando creyó advertir la presencia de algo que se movía, allá en la zona de sombras.

Un repentino sobresalto la invadió. Se irguió de nuevo en el lecho, sintiendo que su corazón volvía a palpar con violencia, martilleando sordamente bajo su pecho.

No, no era posible. Tal vez lo había imaginado. Simple resultado de su reciente pesadilla. No podía ser otra cosa, se dijo Geraldine, angustiada.

Clavó sus ojos angustiados en aquella oscuridad que sólo el reflejo de las luces ciudadanas, a través de las ranuras de la persiana, era diluida en algunos puntos de la amplia habitación hospitalaria.

Comprobó con creciente horror que no se trataba de su imaginación. Ni tampoco de una alucinación producida por su mal sueño.

Era real.

Había algo o alguien allí, frente a ella. Dentro de su propia habitación. Acechándola desde la oscuridad.

De nuevo el terror. El pánico. Peor, más espantoso que en sus sueños, porque esto era auténtico, esto sucedía realmente.

Recordó borrosamente los sucesos anteriores en el hospital. Las otras muertes. Los extraños, misteriosos sucesos que terminaron con las vidas de otras mujeres, entre los blancos muros del centro médico...

Lo que había sido solamente un sueño aterrador... ¿iba a ser realidad ahora?

—¿Qué sucede? —preguntó roncamente—. ¿Quién está ahí?

Su voz casi le resultó irreconocible. Y, como en la misma pesadilla vivida momentos antes, nadie respondió. Pero intuyó la presencia de unos ojos helados, fijos en ella.

Los ojos de un asesino...

—Dios mío... —gimió—. ¡Hable, hable quienquiera que sea!

Igual respuesta. Silencio.

Pero algo se movía. Una sombra vaga, contusa, se agitó levemente entre ella y la claridad difusa de la ventana casi cerrada. Hubo el roce de unas tenues pisadas en la oscuridad. Algo golpeó levemente un mueble metálico acristalado y éste vibró siniestramente. Se agitó la cortina que dividía en dos la habitación, para casos en que fuera preciso acomodar allí a dos personas en las camas gemelas de la estancia.

La presencia viviente era ya cierta, indudable. Quienquiera que fuese, estaba allí ahora. La amenaza existía. Y ella era la víctima elegida. Tal y como su subconsciente imaginara en sueños...

—¡Llamaré a la enfermera! —gritó roncamente, estirando su brazo.

Pulsó el timbre repetidas veces. Notó en él una rara flojedad, como si no pudiera presionarlo con la fuerza habitual. Una risita ronca brotó de la oscuridad.

Y comprendió, llena de pavor, lo que estaba sucediendo.

¡El timbre no funcionaba! Lo había desconectado previamente... No podía ponerse en contacto con la enfermera de turno de noche. ¡No podía pedir auxilio!

Con un grito desesperado, saltó de la cama, precipitándose hacia

la puerta de la estancia. Trató de abrirla.

La puerta resistió. No cedió.

¡Estaba cerrada con pestillo!

No tenían llave ni pestillo, sin embargo. ¿Qué pudo suceder con aquella puerta que no cedía a sus esfuerzos?

Su mirada se clavó en el objeto que impedía abrirla. ¡Un candado de seguridad, ajustado quizá durante su sueño por el intruso, hacía que la puerta resistiera a sus esfuerzos!

Ahora forcejeó con el candado. No podía costar mucho trabajo arrancarlo, en circunstancias normales, junto con los cáncamos incrustados en la madera.

Pero esto no eran circunstancias normales. Sus manos temblaban, su cuerpo semidesnudo se agitaba lleno de terror. Miró atrás.

Un alarido de horror supremo brotó de sus labios. La sombra ya no era tal. Se había materializado en alguien, ante ella. Alguien a sus espaldas, mirándola fijamente. Un rostro que la aterró de forma indescriptible.

Sus cabellos se erizaron, sintió que el corazón palpitaba primero con enorme fuerza, para finalmente detenerse de forma brusca. Todo dio vueltas en torno suyo, abrió los labios queriendo gritar de nuevo, pero ya no brotó sonido alguno de sus labios.

Cayó al pie del ser introducido en su dormitorio. Con los ojos dilatados, vidriosos, la boca muy abierta, la faz crispada horriblemente.

Cuando tocó el suelo, ya estaba muerta.

Geraldine Swain, paciente del Psychiatric Medical Center, murió, oficialmente, según el correspondiente parte médico firmado por el doctor Neil Harris, médico psiquiatra encargado de la dirección del establecimiento, por *shock* traumático, que había degenerado en colapso irreversible. La incapacidad circulatoria originada por el estado de choque, había culminado, según ese parte médico, en una crisis cardíaca súbita y mortal de necesidad. Todo cuanto se intentó con su víctima, resultó totalmente inútil. La incapacidad circulatoria y respiratoria de la paciente, afectada al parecer por un repentino terror ocasionado por motivos desconocidos, tal vez una simple pesadilla, había culminado en aquel *shock* fatal.

Ésa fue la versión oficial médica del caso. No era la primera vez

que una paciente moría de *shock* en el Psychiatric Medical Center. Pero tampoco sería la última, puesto que resultaba normal tal circunstancia en pacientes de tipo psíquico.

Sobre la avería del timbre de llamada a la enfermera de turno, nada se dijo ni se llegó a saber. Sobre la presencia de un candado en la puerta de la habitación, tampoco. Es más, las huellas de los cáncamos ni siquiera existían ya cuando fue retirado el cadáver de la estancia.

Así murió Geraldine Swain, joven, rubia y bonita, en el centro médico de psiquiatría de Nueva York.

Absolutamente nadie habló de la posibilidad de un crimen.

Y sin embargo...

CAPÍTULO PRIMERO

—Sin embargo, Geraldine Swain murió asesinada.

Fue una frase breve, contundente, precisa. Tras esa afirmación rotunda, se hizo el silencio. Un silencio dramático, impresionante. Y, por qué no, también escéptico, lleno de incredulidad.

—¿Está seguro de lo que dice, Conway?

—Sí, señor —afirmó el interpelado, volviéndose hacia quien le hiciera la pregunta—. Estoy convencido de ello.

—¿Pruebas? —apuntó el mismo personaje.

—No, ninguna —cortó fríamente él—. Ojalá las tuviera, señor.

—En ese caso, es como si nada —suspiró el oficial de Homicidios, Scott Fuller—. Necesitamos algo más que teorías para meternos en un terreno tan delicado como es el mundo médico. No se puede acusar a un doctor ni a una institución clínica de asesinato, mientras las evidencias no sean rotundas, incontrovertibles.

—No pueden serlo casi nunca en ese sentido, capitán —objetó el inspector Conway con gesto grave—. Es muy difícil abrir brecha en el muro médico. Ellos se apoyan unos a otros incluso en sus más graves errores. Por ética, por camaradería... o porque en realidad los facultativos constituyen por sí solos una especie de mafia blanca mundial.

—Pero si existe un asesinato, la cosa cambia. Nadie apoyaría a un asesino.

—Sí, eso lo sé. Sólo que si no podemos probar que fue un asesinato, los demás médicos pondrán obstáculos a nuestra investigación, porque ésta pondría en evidencia su respetabilidad y su eficiencia, como factores primordiales.

—Es lo que supongo yo también, Conway. Para ellos será como una falsa acusación, una sospecha monstruosa que no tendría base alguna y que no haría sino atentar contra la honorabilidad de una

institución como es ese centro, y contra la labor médica en general, y de unos doctores que se hicieron responsables de tales defunciones sin observar detalle sospechoso alguno, muy en particular.

—Estamos totalmente de acuerdo, señor. Por eso veo complicado intervenir en el asunto.

—Pero, según usted, el asesinato existe en el centro psiquiátrico.

—Sí, seguro.

El capitán de Homicidios se inclinó hacia su subordinado con expresión atenta. Indagó, curioso:

—¿Por qué esa seguridad? ¿En qué la basa realmente?

—En la lógica pura. Y en mi instinto.

—¿Puede explicarme eso más claramente?

—Sí, capitán. No es fácil, pero puedo hacerlo. Geraldine Swain es la tercera víctima de *shock* en ese establecimiento psiquiátrico, en el corto plazo de seis meses.

—¿No se ha dado otras veces una repetición similar de muertes súbitas por colapso?

—Supongo que algunas veces.

—¿Entonces...?

—Mire, capitán: Ann Joy Shark y Molly Riggs fueron las dos primeras muchachas muertas por repentino colapso, tras un *shock* traumático causado por accidente o lesiones graves. Posteriormente, se presentó el trauma psíquico, y con él un colapso súbito e irreversible en ambos casos. No pudieron hacer nada por salvarlas. Virtualmente, fueron halladas cadáver en ambos casos, dentro de su propia habitación, cuando nada hacía prever una muerte así.

—¿Hubo autopsia en alguno de esos casos?

—No. Porque el doctor Harris, director del establecimiento, certificó la muerte sin más complicaciones, y eso cerró oficialmente el asunto en los dos casos.

—¿Y respecto a Geraldine Swain?

—Ese caso fue idéntico a los anteriores. Geraldine Swain sufrió un accidente y fue internada allí con trastornos psíquicos producidos por un suceso violento, exactamente un intento de violación con lesiones.

—Hasta ahora, todo parece normal. ¿Pudo presentarse el *shock* psíquico posterior?

—Se presentó... porque ella quiso.

—¿Cómo? —Parpadeó vivamente el capitán Fuller.

Lentamente, el inspector Conway extrajo algo de su bolsillo. Lo tendió a su superior. Éste enarcó las cejas, mirando con asombro el documento.

—Según esto... Geraldine Swain era prima hermana de Molly Riggs, la segunda víctima por *shock* con colapso —dijo, perplejo.

—Exacto —sonrió tristemente Conway—. Ingresó allí a propósito para averiguar la verdad de lo ocurrido a su prima. Ella sospechaba que fue un asesinato. Y ahora, ella misma ha muerto de la misma forma.

—Entonces, el intento de violación y lesiones...

—Todo fingido. Se golpeó a sí misma y lo preparó todo para fingirse en pleno *shock*, con alteraciones psíquicas serias. Parece que engañó en un principio a los médicos. Tal vez no lo logró con uno de ellos. Y eso le costó la vida. ¿Comprende ahora mi teoría?

—Sí, empiezo a entenderla, la verdad —admitió cansadamente el capitán Fuller, mirando pensativo a su subordinado—. ¿Usted ya sabía eso?

—Lo sabía —afirmó gravemente Conway—. Nunca me perdonaré haber dejado a esa chica sola frente a la muerte...

—¿La conocía personalmente?

—No. Pero ella sí me conocía a mí. Éramos vecinos en mi barrio. Sabía ella que yo era policía. Dejó un mensaje para mí antes de ingresar en el centro psiquiátrico. Véalo, capitán.

Otro papel se unió al anterior. Perplejo, leyó el capitán Fuller aquellas breves líneas manuscritas:

«Usted no me conoce, señor Conway. Pero sé que trabaja en la policía. Si algo me sucede en el Psychiatric Medical Center, no será accidental ni natural. Temo que me asesinen como a mi prima Molly Riggs. Por eso voy allí falsamente enferma de crisis nerviosa aguda. Espero descubrir algo.

»Geraldine Swain».

—Vaya... —Respiró hondo el oficial de Homicidios—. Es casi una prueba...

—Sólo casi —corroboró amargamente Conway—. No nos valdría

de mucho ante un tribunal, enfrentados a los abogados de la poderosa clase médica norteamericana, señor.

—Sí, ya sé —miró escudriñador, a su subordinado—. ¿Qué piensa hacer? No tenemos ni siquiera un caso oficial entre manos.

—Lo sé. Por eso pienso jugar mi propia baza... si usted me autoriza a ello, claro está.

—Autorizarle... ¿a qué, Conway? —se alarmó el capitán Fuller.

—A entrar en ese recinto.

—¿Qué?

—Sí. Como Geraldine Swain.

—¿Usted? ¿De falso paciente?

—Eso es. De falso paciente.

—Es una locura. Podría ocurrirle lo mismo...

—Eso le demostraría a usted que estoy en lo cierto. Pero confíe en mí. No soy una mujer indefensa.

—De acuerdo. Es un hombre, un policía. Pero allí dentro, sólo será un enfermo más, sometido a la autoridad y normas del establecimiento. Vigilado por enfermeras, médicos psiquiatras... y por un asesino, si todo esto es cierto. ¿Qué puede hacer en un caso así, sin saber cómo se producen, ni por qué, esas extrañas muertes? Un médico asesino puede tener a su alcance armas letales con las que un policía no cuenta...

—Lo sé. Y espero enfrentarme a ellas bien alerta. ¿Puedo intentarlo, capitán?

—No sé qué decirle... Es peligroso. ¿De veras cree que puede resultar, sin que corra riesgos su vida, ni podamos vernos metidos en un tremendo escándalo frente a la clase médica?

—No hay seguridad ninguna, pero... se puede intentar.

—Está bien —resopló bruscamente Fuller—. Inténtelo.

—Gracias, señor —sonrió el inspector de Homicidios, con un suspiro de alivio—. Lo voy a intentar, en efecto. Y espero tener pronto noticias para usted y para el Departamento sobre cuánto sucede dentro de ese hospital...

—Ojalá sea así, Conway. Tenga mucho cuidado. Un policía también puede cometer un error. Y morir.

—Naturalmente. —Conway tuvo un amplio gesto jovial al afirmar—. Sólo que yo no lo cometeré, puede estar seguro. No moriré allí dentro víctima de ningún *shock*, como esas infortunadas

jóvenes...

Realmente, logró contagiar al capitán Fuller de su sólido optimismo. Éste sintió evaporarse sus últimas aprensiones ante tanta seguridad y firmeza.

Más tarde lo lamentó. Pero entonces ya no podía rectificar en modo alguno. Porque la noticia que le llegó desde el Psychiatric Medical Center, fue la de que un paciente llamado Alan Conway, había muerto víctima de *shock* psíquico y colapso irreversible.

Sheila Roberts conoció a Alan Conway de un modo enteramente casual.

Ambos habían sido enviados a un mismo pabellón del centro médico porque padecían cosas semejantes. Ella fue ingresada con un fuerte *shock* traumático y psíquico, a causa de un accidente de carretera donde sufrió diversas heridas y una profunda impresión a la vista de otra persona, muerta en el acto conduciendo el automóvil con el que ella chocó.

Cierto que Sheila no había sido la víctima del accidente, sino la otra persona, el que resultó muerto en el choque, pero su impresión fue la misma, y la tuvo sumergida durante largos días en una terrible depresión que hizo más difícil su recuperación exclusivamente física.

Llevaba iniciado su lento período de recuperación del profundo *shock* en que había caído, cuando conoció al joven y alegre Alan Conway, un paciente vecino.

Él también había sido ingresado en el centro psiquiátrico a causa de una intensa depresión nerviosa y circulatoria, provocada por una grave conmoción. Esa conmoción, según le informó amablemente el enfermero Rush, el más amable y cordial de todos los de aquella planta, se la había producido a Conway la muerte de unos familiares, atrapados en un incendio en su vivienda de Queens.

El propio Conway sufrió quemaduras, no demasiado graves. Para el enfermero Rush, lo realmente grave estaba saliendo ahora, bajo los cuidados del doctor Leslie Lang, primer psiquiatra del establecimiento y discípulo predilecto de su director general, el doctor Neil Harris, otra eminencia médica en el campo de la psiquiatría.

El doctor Lang parecía francamente satisfecho de los resultados de su terapéutica porque, paulatinamente, el paciente Conway se

iba recuperando de su *shock*, y era ya cuestión de una o dos semanas que pudieran darle el alta para regresar al mundo, más allá de los blancos muros del centro.

Eso es cuanto pudo saber Sheila Roberts. Y fue solamente unos días antes de conocer la triste e imprevisible noticia: Alan Conway, el jovial enfermo recuperado en apariencia totalmente de su profundo *shock*, había recaído violentamente, hasta el punto de que el nuevo *shock* le condujo a un repentino colapso mortal.

Antes de este desgraciado desenlace, sólo una vez llegó a hablar con el paciente. Y ahora, recordándolo, mientras el cuerpo de Conway era conducido al depósito de cadáveres del hospital, por aquellos blancos, interminables y silenciosos corredores que él había estado a punto de abandonar por su propio pie, se decía Sheila Roberts que fue la suya una extraña y compleja conversación la sostenida mientras paseaban por el jardín interior del recinto, especialmente dispuesto para pacientes que debieran ir entrando en contacto paulatino con el exterior.

Sí. Una conversación tan breve como singular, tuvo que admitir Sheila...

—¿Le queda mucho para salir de aquí?

Fueron las primeras palabras cruzadas entre ambos. Luego se miraron, como estudiándose mutuamente. Ya se habían visto antes en tres o cuatro ocasiones. Pero ésta era la primera vez que llegaban a cambiar palabras entre sí.

Sheila asintió lentamente con la cabeza, tras la pregunta espontánea de él.

—No —suspiró—. Creo que no queda ya mucho... ¿Y usted?

—Han dicho que salgo dentro de diez días como máximo, si todo sigue igual.

—Oh eso es estupendo. Significa que está totalmente curado, ¿no?

—Sí, eso parece. —Conway se había encogido de hombros, con aire distraído. Luego pareció tener mucho más interés en ella que en su propio problema, porque volvió a mirarla e indagó—: ¿Le asiste también el doctor Lang?

—Por supuesto. Dicen que es el mejor.

—Sí, eso dicen.

—¿No lo cree?

—Claro. ¿Por qué iba a dudarlo? Yo soy un profano en estas cosas. Ingresé aquí bastante mal. Y ahora me encuentro bien, muy bien. Sí, no hay duda de que es un buen psiquiatra el doctor Lang.

—El enfermero Rush me habló de usted en una ocasión... —confesó ella, dubitativa.

—¿De veras? —Los ojos de Conway se clavaron en ella—. ¿Y qué le dijo?

—Bueno... todo lo relacionado con su caso. Tuvo que ser terrible.

—Sí, lo fue —asintió Conway con gesto dolorido. Respiró hondo y añadió—: También sé algo sobre usted. Rush es un enfermero muy locuaz, según veo.

—Sí, eso parece —rió suavemente la joven—. Pero mi caso es distinto. Aquel hombre era un extraño, un desconocido. Conducía suicidamente. Se precipitó sobre mi coche y no pude evitarlo. Fue terrible. Pero él llevó la peor parte...

—La suya no fue buena tampoco. Cierto que está ilesa, pero hay lesiones que son a veces peor que la muerte. Sin embargo, no hablemos ya de ello. Ha quedado atrás. Dice el doctor Lang que no se debe tratar de olvidar, porque eso crea un trauma. Pero tampoco hay por qué torturarse con el recuerdo...

—Tiene razón. Hablemos de otras cosas —sonrió Sheila—. Yo soy escritora.

—¿De veras? ¿Periodista?

—Novelista —suspiró ella.

—¿Escribe libros?

—Los escribo y los publico, que es peor para los lectores —rió ella de buena gana.

—Estoy seguro de que serán magníficos. ¿Va a escribir alguno sobre este lugar?

—No sé... —Se estremeció—. Es demasiado horrible, ¿no cree?

—Horrible... —repitió él, con la mirada perdida en el vacío—. Sí, creo que lo es. Todos los hospitales son horribles para quien está dentro, como paciente. Pero éste tiene algo peor que los demás...

—¿Peor? ¿Por qué? —se extrañó Sheila, mirándole con un rápido pestañeo.

—Oh, bueno, no me haga caso —se encogió él de hombros, tornándose evasivo de repente—. Supongo que porque es donde

ahora estoy metido... Lo cierto es que nos tratan muy bien, la comida es excelente y el personal se muestra muy comprensivo con nosotros, pero eso no es suficiente cuando uno ha sufrido algo como usted y como yo. Por eso debo aborrecer el lugar.

—Sí, sin duda es por eso —admitió ella, distraída.

—Es usted muy joven y muy bonita —dijo de súbito Conway, tras una corta pausa.

Sheila enrojeció vivamente y le miró turbada. Trató de aludir una respuesta:

—Oh, no diga eso... Se ven tan pocas chicas por aquí, que cualquiera le parecería atractiva. Creo que sólo la enfermera Miles tiene... «gancho» para los hombres.

—¿Honey Miles, la enfermera de nuestra planta? —Entre dientes, Conway emitió un silbido—. Cielos, eso no es precisamente encanto femenino, sino puro sexo. Con esos senos enormes y esos movimientos de caderas y de...

—Y de trasero —rió Sheila—. Puede decirlo, no me escandalizaré. De acuerdo, es una especie de *sex-symbol* americano, y ella lo sabe. Pero quitándola a ella, no hay una sola mujer joven o vistosa aquí.

—Está usted. Sería bonita aun comparada con muchas otras.

—Es muy amable.

—Es la pura verdad —los ojos de él revelaron un repentino interés—. Creo que ha habido antes otras chicas jóvenes y bellas en este hospital. Pero todas murieron.

—¿Murieron? —Tuvo Sheila Roberts otro leve estremecimiento instintivo—. ¿De qué?

—Dicen que de *shock*.

—¿*Shock*? ¿Se puede morir de eso?

—Cuando es muy intenso un *shock* psíquico, parece que puede provocar un colapso, a causa de la paralización nerviosa y circulatoria. Es lo que dicen.

—Cielos, debe morir tanta gente en un sitio de estos... que uno no llega a darse cuenta exacta de ello.

—En ese caso fueron tres chicas. Jóvenes todas ellas. Atractivas, bonitas... Murieron cuando mejor estaban en apariencia.

—Sí que es casual...

—¿Casual? —Los ojos de Conway estaban fijos en ella—. ¿Cree

que puede darse una casualidad así... en sólo seis meses?

—¿Qué quiere decir? —Volvió a pestañear ella, perpleja.

Él iba a hablar. En ese momento, una sombra se proyectó sobre ellos y sobre el césped bien cortado del jardín. Se volvieron. El enfermero Rush estaba ante ellos. Fornido, moreno, sonriente siempre, lleno de cordialidad hacia los enfermos. Habló con su proverbial locuacidad:

—Animada charla, ¿eh, amigos? Veo que tienen una cordial relación los dos. Eso está bien. ¿De qué se hablaba aquí?

Sheila iba a comentarlo, cuando algo en los ojos de su interlocutor, Alan Conway, frenó su lengua inexplicablemente. Notó la breve vacilación de él, la mirada que les dirigía, expectante, el sonriente Harvey Rush, enfermero de su planta. Y la respuesta de Conway le sorprendió y llenó de confusión:

—De nuestra próxima salida al exterior, nuestro regreso al mundo —dijo—. Y de la posibilidad de que ambos nos reunamos en alguna parte para continuar nuestra amistad. Después de todo, ambos somos solteros... y éste puede ser el principio de un futuro mejor para los dos. ¿Qué le parece la idea, Rush?

El enfermero también vaciló un instante, como si no hubiera sido ésa la respuesta que esperaba. Pero terminó por sonreír más ampliamente, mirar a ambos, y aprobar:

—Excelente idea, Conway. Creo que dos jóvenes solteros como ustedes, pueden ser fuera de aquí los mejores amigos del mundo. Les deseo suerte, mucha suerte para el día en que abandonen el centro médico...

CAPÍTULO II

Ésa había sido la conversación. Justamente ésa, en términos más o menos exactos. Sheila la recordaba muy bien, mientras la camilla con el cadáver cubierto por una sábana, doblaba la esquina del corredor en dirección al depósito del hospital, conducida por el enfermero-jefe Rush y otros dos jóvenes ayudantes.

Ahora, también él estaba muerto. Y era joven y bien parecido. Un hombre fuerte y seguro de sí. El *shock* le había matado, cuando más sano parecía hallarse. Colapso repentino. Y muerte...

Como las tres muchachas que él mencionara. Exactamente igual.

De nuevo notó aquel estremecimiento sutil que recorría su cuerpo en determinados momentos, al enfrentarse a cosas que no entendía y que la preocupaban de un modo puramente instintivo.

Y se dio cuenta de que no sólo estaba preocupada.

Se dio cuenta de que tenía miedo.

Pero miedo ¿a qué?

Miró en derredor. Otros pacientes, como el ya veteranísimo Lorne Ashcroft, que llevaba casi un año internado allí, víctima de una profundísima depresión, paciente predilecto del doctor Lang, e incluso buen amigo del director del establecimiento, el doctor Neil Harris. Y la señora Abigail Pearson, una psicópata madura, apacible pero bastante delicada, víctima de frecuentes depresiones. Había intentado matarse dos veces, pero últimamente parecía muy mejorada y le permitían convivir con los demás, en el pabellón mixto donde se mezclaban pacientes de ambos sexos, conforme a los métodos terapéuticos del doctor Harris.

Más allá, la joven enferma, Dona Wilcox, muchacha pecosa, pelirroja y extremadamente fea, sollozaba, como si la muerte de Conway le hubiera causado un daño profundo. Era una joven maniaco-depresiva, que sufría por cualquier cosa.

Ninguna de aquellas personas le pareció particularmente

inquietante. Recordó la sonrisa y la locuacidad habituales en el enfermero Harvey Rush, y tampoco sintióse desasosegada por él. Ni por el correcto, elegante y afable doctor Lang, ni por la presencia absorbente del canoso y severo doctor Harris, el director. O por la sensualidad exagerada de la enfermera Honey Miles, con su cabello negro, sus ojos oscuros, sus grandes pechos y su trasero provocativo.

No. Nadie de ellos parecía particularmente amenazador o peligroso para ella o para cualquier otro. Y, sin embargo, Conway había hablado de tres muertes extrañas. Tres mujeres jóvenes, víctimas del mismo mal: colapso por *shock* psíquico.

Y ahora él también se había unido a la lista de fallecimientos súbitos y extraños.

Sheila Roberts trató de apartar de su mente todas esas ideas y dejar de pensar en el hombre que ahora había desaparecido ya, camino del frío recinto mortuario donde esperaría a ser reclamado por algún familiar y, posiblemente, sería objeto de la autopsia. Esto último era algo que dependía de los propios médicos del hospital, a menos que interviniera en ello la policía. Sheila tenía la rara e incómoda convicción de que en los asuntos internos del centro médico, no había intervenido aún la autoridad policial. Ni quizá interviniese nunca. Aquél era como un mundo aparte, donde médicos, cirujanos, psiquiatras, enfermeras y sanitarios, formaban una colmena aislada y diferente, donde un certificado médico, una orden facultativa y el secreto profesional de los doctores, formaban un muro infranqueable para el exterior. A menos que alguien pudiese probar a los de fuera que allí ocurría algo.

Algo que la medicina no explicaba claramente. Algo que no parecía tener demasiado sentido. Algo que, sin duda, inquietaba y preocupaba ya a su ocasional amigo, el recién fallecido Alan Conway.

Si él dudaba de que fuese casual la muerte súbita de Geraldine Swain y las otras chicas... ¿qué podía pensar ella ahora, cuando Conway mismo había ido a engrosar esa siniestra lista de defunciones?

No, no quería pensarlo. Pero tampoco podía evitarlo. La idea le daba vueltas en la mente, como una obsesión. Una obsesión que podía ser peligrosa. Muy peligrosa.

—Por favor, vuelvan todos a sus habitaciones —sonó de pronto la voz, fría y segura, de la doctora Lynn Gavin.

Volvió la cabeza, mirando a la joven de bata blanca. Lynn Gavin era la única mujer médico del pabellón psiquiátrico de recuperación. Una mujer de unos treinta o treinta y dos años, de tez ligeramente aceitunada, cabellos oscuros y ojos color café.

Había aparecido en el corredor y, con una mezcla de autoridad y ternura, estaba obligando a todos los demás pacientes a entrar de nuevo en sus alojamientos respectivos. Finalmente, cuando el último de ellos hubo cerrado tras de sí la puerta, la doctora se quedó mirando a Sheila con expresión amistosa. Un asomo de sonrisa curvó sus labios bien dibujados.

—Usted también, por favor —pidió—. No es agradable asistir a estas cosas, compéndalo, señorita Roberts.

—Lo sé. Pero me ocurrió como a todos. Al oír voces y escuchar las ruedas de la camilla, asomé para saber lo que sucedía. Ese chico había hablado conmigo una vez, en el jardín...

—¿De veras? —La doctora enarcó sus finas cejas oscuras con aire pensativo—. ¿Eran buenos amigos, entonces?

—Sólo conocidos —sonrió Sheila tristemente, encogiéndose de hombros—. Pero me ha afectado lo ocurrido...

—Sí, imagino que sí. Por eso es mejor que vuelva a su cuarto y no piense en ello. ¿Se encuentra excitada?

—Más bien deprimida, doctora.

—Avisaré al enfermero para que la atienda. Rush estará ocupado con lo de ese infortunado paciente, pero haré venir a uno nuevo muy eficiente. Él le administrará una pequeña dosis de estimulante, lo preciso para que se sienta más animada. Por favor, entre ya.

Obedeció, sintiendo las suaves manos de la doctora Gavin en sus hombros, impulsándola amablemente a entrar. Luego ella se alejó en busca del enfermero de servicio. Sheila se dejó caer en el borde de su lecho, con la mirada perdida y un aire de completo aturdimiento.

No tardó en abrirse otra vez la puerta. Alzó la cabeza.

Un hombre joven, alto y delgado, sonreía en el umbral, llevando consigo una jeringuilla hipodérmica. Su bata estaba impecablemente limpia y planchada. Sus ojos grises y risueños le resultaron agradables en este momento. También su voz cuando

sonó:

—Bien, señorita Roberts. Me envía la doctora Gavin.

—Oh, sí —miró aprensiva la aguja—. ¿Es necesario?

—Si la doctora lo ordena... —El joven sanitario se encogió de hombros—. No le haré daño alguno, palabra. Soy nuevo en este centro, pero hice mis prácticas en el Bellevue Hospital Center. Y allí exigen mucho, créame.

—Le creo —suspiró Sheila—. Termine pronto, se lo ruego.

—Claro —le inyectó en el brazo y retiró la aguja sin que hubiera llegado a sentirla apenas. Sonrió, al erguirse, tras el pinchazo—. ¿Fue todo bien?

—Oh, sí —sonrió ella a su vez—. Gracias. Tuvo razón usted. Es todo un experto.

—Muy amable, señorita Roberts —arrojó la jeringuilla y aguja en la bolsa de desperdicios, que luego retiró, cerrándola con su adhesivo plástico, para retirarla de la habitación—. Ahora, trate de leer algo. Veo que tiene algunos libros y revistas ahí.

—No sé si me será posible —musitó ella—. Eso que ha ocurrido me ha afectado mucho...

—¿La muerte del paciente? —El enfermero meneó la cabeza, asintiendo—. Sí, esas cosas siempre impresionan. Pero es algo que ocurre casi cada día en todos los hospitales. Yo estuve en Cirugía, en el Bellevue, y eso era peor. Una experiencia ingrata. Me gusta más Psiquiatría. Es lo que me ha atraído siempre.

—¿Quiere ser médico?

—No creo que tenga oportunidad —rió nuevamente—. Ya tengo veinticinco años. Tardaría mucho en completar una carrera así. Y hace falta dinero también. Creo que me conformaré con ser un buen sanitario. Bien, señorita Roberts. Creo que ya la he molestado bastante por hoy. Descanse tranquila y distraiga su mente cuanto pueda. Buenas tardes.

Se ausentó, dejándola sola. El medicamento, un fármaco para combatir su depresión de esos momentos, parecía surtir sus efectos, porque una leve euforia suplía a su decaimiento anterior, aunque eso no conseguía borrar sus pensamientos.

Hizo caso del consejo del joven enfermero y tomó un libro, comenzando a hojearlo, tendida en su cama. No pudo concentrarse en la lectura, sin embargo, y lo dejó con un profundo suspiro de

desaliento.

Se incorporó de nuevo, yendo hasta la ventana. Alzó el visillo, mirando al exterior. La vista desde allí era espléndida. Zonas ajardinadas en torno, los rascacielos de Manhattan en derredor, como agujas de cemento, metal vidrio, y un cielo ligeramente nuboso, con un sol tibio dando matices dorados a la hojarasca otoñal.

La cristalera de la ventana era irrompible, hecha de una solidez a toda prueba, para evitar posibles suicidios en los enfermos depresivos o con intenciones de esa clase. De todos modos, no acostumbraban a dar habitaciones exteriores a los que padecían tal inclinación, para evitar que la idea pasara por su mente ni un solo instante, ella ya sabía eso por otros pacientes.

No, Sheila no deseaba en absoluto morir, aunque a veces se sentía culpable en parte por la muerte de otra persona, mientras ella continuaba en el mundo, gozando de la vida. Ciertamente fue el otro conductor quien provocó el accidente, pero fue su propio coche el que causó la muerte del otro. Eso la hacía sentir un complejo de culpabilidad inevitable.

Se apartó de la ventana. Tampoco le gustaba pensar en eso, pero no podía controlar la totalidad de sus pensamientos. En algo tenía que pensar, después de todo, dentro de aquel recinto, sola y rodeada de enfermos como ella, cuyas mentes no estaban en perfecto equilibrio.

Sheila tuvo de pronto la rara sensación de que era vigilada, observada por alguien. Giró con rapidez la cabeza. No se había engañado.

—¿Qué... qué hace usted aquí? —preguntó con voz alterada.

Abigail Pearson, la enferma madura, estaba en el umbral de su habitación, mirándola con ojos fijos, muy abiertos. Se estremeció Sheila, a pesar de que creía saber que la psicópata era inofensiva con los demás y sólo en dos ocasiones atentó contra su propia vida, cuando estaba más enferma.

—Nada, querida —suspiró la mujer—. No te asustes. No voy a hacerte daño.

—Ya lo sé. Pero como está prohibido visitar a otros pacientes en las habitaciones...

—Oh, prohibiciones, reglamentos y todo eso —hizo un ademán

de irritación, avanzando hacia Sheila con paso calmoso—. No te preocupes por todo eso, querida. Son normas que pueden ser burladas sin que este edificio se derrumbe, ni nada parecido.

Había llegado junto a ella. Parecía realmente inofensiva, pero algo en su mirada no acabó de gustarle a Sheila. Hubiera querido saber lo que era.

—Aun así, creo que es preferible obedecer a los médicos —objetó—. No está bien quebrantar las normas. Lo hacen por nuestro bien.

—Eso dicen ellos —rió burlona. De pronto, una de sus manos avanzó hacia Sheila y se posó tranquilamente sobre uno de sus jóvenes pechos, apretándolo por encima del tejido de su blusa—. Quiero ser tu amiga, muchacha.

Pegó un respingo la joven. Eso no le gustaba. Ni el modo que Abigail tenía de humedecerse los labios tampoco. Aquellos dedos hacían daño en el pecho. Los notó apretando su pezón. La otra mano de la visitante descendía hacia sus muslos audazmente.

—¡Eh, estese quieta! —cortó con acritud—. ¿Qué es lo que se propone?

—Querida, estoy muy sola aquí... —gimió la enferma madura, entornando los ojos y acercando su boca a la de Sheila—. ¿Por qué no nos hacemos compañía mutuamente... y nos consolamos de nuestras penas?

Aquella clase de «consuelo» no convencía en absoluto a Sheila, que notó ahora las febriles caricias de la otra mano de la paciente, recorriendo sus muslos, alzando su falda casi a viva fuerza para tocarle la piel sin obstáculos, en tanto su respiración se iba haciendo más agitada. Ahora ya no cabían dudas. Era una lesbiana.

—¡Fuera de aquí! —gritó, airada, apartando de un empujón a la otra mujer—. ¡Salga de mi cuarto, señora Pearson, o gritaré pidiendo ayuda!

La otra la miró con ojos muy abiertos, entre sorprendida y furiosa, y sus manos impacientes acariciaron ahora lúbricamente sus propios senos, grandes y redondos, hundiendo los dedos por la abertura de su ropa.

—No, no —casi sollozó—. Por favor, lo necesito... Te necesito a ti, preciosa...

Sheila ya estaba asqueada y furiosa. De nuevo tuvo que darle un

manotazo para impedir que las piernas de la mujer se apretaran contra las suyas y la boca femenina buscara el beso en la suya. Pero eso enfureció más de lo previsto a la enferma lésbica, que exhaló un gruñido ronco, la miró con ira, y se abalanzó sobre ella, rasgándole la blusa y liberando así los espléndidos y jóvenes pechos. Sheila vio emerger sus protuberancias carnosas, rotundas, que las manos ardorosas de la otra mujer aprisionaban con rabia.

Desesperadamente, Sheila intentó gritar, sintiendo tapada su boca por los labios de la excitada vecina, y ante ese obstáculo, clavó su rodilla en el vientre de la otra, con tal fuerza que la hizo retroceder, tambaleante.

—¡Fuera de aquí! —gritó—. ¡Déjame en paz, maldita zorra!

Ella intentó apresarla de nuevo, con mayor excitación aún, y en ese preciso momento, intervino oportuno, salvador, el joven enfermero nuevo en la planta.

Le vio entrar impetuosamente, hacerse cargo de la escena de una sola ojeada, y saltó inmediatamente sobre Abigail, aferrándole los brazos a la espalda y sujetándola con fuerza.

—Ya basta, señora Pearson —jadeó con tono enérgico—. Vamos, salga de aquí. Tengo que atenderla ahora en su habitación. No me obligue a ser duro con usted...

Dócilmente ahora, ella se dejó llevar con sorprendente facilidad, sin objetar nada, sin oponer resistencia. Cuando salía de la habitación, iba sollozando. Fuera, una enfermera se hizo cargo de ella por indicación del joven, y éste regresó a la habitación de Sheila, cuando ésta ya se cubría pudorosamente los senos con los jirones de su blusa.

—Lo lamento de veras —dijo—. ¿Desea presentar una denuncia a la dirección del centro por este desagradable incidente, señorita Roberts?

—No, no —jadeó ella—. ¿Para qué? Sólo espero que no vuelva a suceder...

—No sucederá. Cambiaremos a Abigail Pearson de planta. Es una mujer inofensiva, salvo cuando siente apetitos sexuales. Es lesbiana, ya lo comprenderá... Yo informaré de todo esto. Sería muy violento para usted que le preguntasen nada al respecto. ¿Desea algo más?

—No. Y gracias por todo. Llegó usted muy oportunamente...

—Oí sus gritos e imaginé el resto. Si desea algo de mí, llámeme sin vacilar. Mi nombre es Robin. Robin Nolan. Buenas tardes, señorita Roberts...

Saludó cordialmente y salió de la estancia. Resoplando aún, Sheila se dejó caer en la cama. Ahora ya no pensaba en nada de lo que antes había llegado a atormentarla. El incidente de Abigail Pearson había tenido la virtud de alejar de su mente todo aquello que tanto la preocupaba.

Luego, al acordarse de que el joven Robin Nolan había visto sus pechos desnudos, la hizo enrojecer súbitamente. Él había fingido no ver nada, pero era imposible que no hubiese contemplado la generosa exhibición de sus jóvenes y macizos senos.

Y esa idea, además de avergonzarla de modo instintivo, le resultó extrañamente turbadora e inquietante...

El capitán Scott Fuller contempló sombríamente el informe recién llegado del enlace que Alan Conway había tenido fuera del hospital y que, para los médicos del Psychiatric Center, era un familiar del paciente fallecido.

—Muerto... —jadeó—. Muerto Conway... como todas las demás... Maldita sea, ¿qué es lo que ocurre allí dentro?

Furioso, apartó el *dossier* personal de su subordinado. No quería ver el rostro jovial y lleno de energía de Alan Conway, el policía que había salido de la División para fingir un accidente y una enfermedad mental provocada por *shock* nervioso y traumático, y ser así internado en el Centro Médico de Psiquiatría.

Ahora él estaba muerto. El informe clínico era concreto:

«Fallecimiento por colapso, provocado por repentino *shock* nervioso, muy intenso».

Eso era todo. Concreto, frío, casi brutal. Motivos, razones para el *shock*, ninguna conocida. Se le avisaba al pariente, para que se hiciese cargo del cadáver, si así lo deseaba.

Furioso, Fuller descolgó el teléfono. Marcó el número del agente encargado de establecer los contactos con Conway. Le dio rápidas instrucciones:

—Retire el cuerpo del depósito del hospital. Le facilitaremos un

documento mediante el cual demuestra que es usted primo hermano de Conway, su único pariente vivo. Yo iré preparando todo para una autopsia.

Su subordinado asintió. Colgó Fuller, quedándose con el rostro endurecido por la ira y la impotencia. Martilleó con su puño sobre la mesa, mascullando en voz alta, pese a no tener interlocutor alguno en el despacho:

—Averiguaré lo que pasa allí, aunque sea lo último que haga en mi vida, maldita sea. Lo de Conway van a pagarlo caro esos cerdos asesinos. No pudo existir *shock* porque su dolencia era fingida. No estaba enfermo, no hubo trauma alguno. Pero alguien allí dentro provocó un auténtico *shock* de alguna forma que no entiendo. Sea como fuere, el culpable saldrá a la luz aunque tenga que cerrar ese hospital y meter a todo su personal médico en la cárcel. Esta vez, seguro que fue un asesinato a sangre fría, bien preparado y calculado... ¿Cuál pudo ser el motivo para matar a Conway, salvo que descubrieran su verdadera identidad... o advirtiesen que estaba investigando cosas que no les conviene que se descubran? Pero las demás muertes... ¿por qué? ¿Para qué matar a muchachas jóvenes y atractivas mediante un falso *shock*? Es algo que no puedo entender...

Paseó en silencio por la estancia, dando vueltas al asunto en su mente. A la preocupación profesional por un asunto tan extraño y siniestro, se unía ahora la fría ira por haber perdido a uno de sus mejores hombres. Alan Conway había ido al hospital tan seguro de no seguir la misma suerte de las otras víctimas... Y ahora estaba muerto. Muerto como las demás víctimas del misterioso *shock*.

Momentos más tarde, tenía ya dispuesto todo para la autopsia, a través del forense de la policía, a la espera de que el otro agente llegase con el cuerpo de Conway a la funeraria a quien habían encargado de la fúnebre tarea.

De momento, los médicos del centro debían ignorar que el cuerpo del paciente muerto iba a ser objeto de una autopsia. Si había alguien en aquel establecimiento que cometía una serie de crímenes con apariencia de muerte natural, debía dejar que se confiase y no temiera cosa alguna que pudiera detener su criminal labor ni desenmascarar su personalidad.

Eso, en principio. Pero después había que intentar algo más para

localizar a ese asesino, reunir pruebas contra él y arrestarlo. No iba a ser una tarea fácil, estaba seguro de ello. Pero había que afrontarla, y pronto. Antes de que aumentara todavía más el número de víctimas del extraño y mortífero *shock*.

Antes de que fuese demasiado tarde para vencer a aquel oculto y siniestro criminal emboscado dentro del aséptico ambiente de un gran hospital.

CAPÍTULO III

—Me han dicho que quería verme, señorita Roberts.

—Es cierto, doctor Harris —asintió la joven, algo nerviosa, mirando con indecisión al hombre sentado frente a ella, cuyos ojos color pizarra eran serenos y penetrantes, tras aquellas gafas de montura metálica, sobre cuyos vidrios se reflejaban con intensidad las luces del confortable despacho—. Quería verle lo antes posible.

—Bien. Ya lo ha logrado —sonrió con afabilidad, entrelazando los dedos de ambas manos, en tanto apoyaba los codos sobre la mesa repleta de papeles, blocs de recetas, algunos volúmenes de medicina psiquiátrica, y un lujoso juego de pisapapeles, secante, tintero y plumas, en soporte de mármol—. ¿Qué tiene que decirme?

—Bueno, la verdad es que no sé por dónde empezar... —Creció al parecer el nerviosismo de la joven, a pesar de la evidente cordialidad del director del establecimiento psiquiátrico.

—Sí, imagino que debe resultarle difícil —suspiró el médico, contemplándose las yemas de los dedos con aire reflexivo. Las luces producían en sus ondulados cabellos grises una serie de tornasoles plateados—. Ha venido a hablarme de la señorita Abigail Pearson, ¿no es cierto? El doctor Lang me ha explicado algo al respecto, tal como se lo refirió el nuevo enfermero de su planta, señorita Roberts. Lamento muy de veras que esa pobre mujer volviese a recordar sus inclinaciones lésbicas, ahora que estaba mejorando de sus instintos suicidas y depresivos. Está en observación en la planta séptima, no se preocupe. No volverá a suceder nada parecido, aunque comprendo el estado de ánimo en que usted debe hallarse...

—Doctor, todo eso fue muy lamentable, pero no pretendía denunciarle ese incidente. Es otra cuestión la que quería exponerle...

—¿Ah, es que hay algo más? —El doctor Harris enarcó las grises cejas interrogativamente.

—Sí, doctor... Creo que sí.

—Bien, serénese y trate de decirme lo que sea. Espero que no resulte ser nada grave...

—Mucho me temo que lo sea. Muy grave, doctor.

—Me alarma usted —se inclinó hacia ella, expectante—. ¿De qué se trata, por favor?

—De la muerte de varias personas en su hospital, doctor.

El rostro del doctor Neil Harris reveló estupor. Contempló con incredulidad a su joven visitante, luego pareció reflexionar sobre lo que ella había insinuado, para el fin hablar con tono tranquilo:

—¿La muerte de varias personas ha dicho? ¿De quiénes, exactamente?

—De tres mujeres y un hombre. Muertos recientemente, con escaso intervalo entre un fallecimiento y otro.

—¿Se refiere a muertes por alguna complicación clínica, durante su internamiento en este centro, o a personas que ya ingresaron aquí muertas o moribundas, señorita Roberts?

—Muertes de personas internadas aquí, doctor. Pacientes ya fuera de peligro, que de repente empeoraron y fallecieron, víctimas de un colapso producido por *shock*.

—Ah, ya veo —se echó atrás en su asiento, con expresión seria, aunque esbozó una leve sonrisa—. Se refiere a algunos pacientes que fallecieron cuando parecían haber mejorado de modo definitivo, ¿no es eso? El último creo que ha sido... el señor Alan Conway —completó, tras consultar un *dossier* situado en su mesa.

—Exacto, doctor. Alan Conway ha sido el último. Falleció ayer.

—Señorita Roberts, ¿qué ve de extraño en esas muertes? Muchas personas internadas en centros médicos empeoran y mueren. En todos esos casos que cita, mi personal médico, que está por encima de toda duda en lo relativo a honestidad y eficiencia profesional, certificó las causas de la muerte sin que en ellas apareciera elemento extraño alguno. Son pacientes hipersensibles, sometidos a una fuerte presión psíquica motivada por traumas, complejos o desequilibrios mentales bastante serios. De repente, un susto, un sobresalto, una fuerte impresión, causa un *shock* nervioso profundo, y si el corazón no resiste el impacto, la muerte se produce por paro cardíaco, colapso o como quiera llamarlo. No hay nada raro ni anormal en todo eso, como no lo ha habido en el súbito

fallecimiento del señor Conway, se lo aseguro.

—Él pensaba de modo distinto, doctor.

—¿Él? —Harris reveló sorpresa y la contempló, enarcando sus cejas con un gesto de evidente perplejidad—. ¿Se refiere al señor Conway?

—Exacto. Él sospechaba algo raro en relación con esas muertes.

—¿Cómo lo sabe?

—Él me lo insinuó antes de morir. Fue la única vez que hablé con él.

—¿Y en qué basaba esas absurdas sospechas?

—No sé. No me lo dijo, doctor.

—Señorita Roberts —el doctor Harris, con gesto de impaciencia, tomó una serie de documentos, consultó algo, fue a un archivador metálico, lo abrió y extrajo un bloque de folios mecanografiados y cosidos, que repasó con rapidez, anotando algo en un papel repetidas veces. Al fin, apartó los folios y miró a su visitante—. Señorita Roberts, los nombres de esas personas muertas por colapso, son exactamente Ann Joy Shark, Molly Riggs y Geraldine Swain. Todas murieron de modo parecido, porque todas tuvieron algún *shock* repentino y sus corazones no lo resistieron. En todos los casos se las examinó de modo exhaustivo y se hizo por ellas cuánto fue posible, médicamente hablando. En ningún caso hubo negligencia ni motivos oscuros. Sencillamente, murieron de repente, sin detalle sospechoso que enturbie el hecho. Ni siquiera fue preciso efectuar autopsia alguna, puesto que no había motivo para ello. El doctor Leslie Lang, mi mejor auxiliar, fue el encargado de todos esos casos, y cuidó de sus más mínimos detalles, certificando los fallecimientos de modo correcto. ¿Eso complace su curiosidad al respecto?

—¿No cabe posibilidad alguna de error, de omisión de algún dato importante? —insistió ella, no del todo convencida.

—Ninguna, créame —sonrió el doctor Harris, moviendo con énfasis su cabeza en sentido negativo.

La joven no supo qué decir. Incluyó la cabeza, alisando mecánicamente su falda sobre los muslos con lentas pasadas de sus manos. La conversación parecía haber entrado en un callejón sin salida. Se puso en pie, pensativa, y se dispuso a abandonar la estancia, sin que los grises ojos del director del centro médico dejaran de observarla, entre curiosos e interesados.

—Perdone entonces esta molestia, doctor —musitó al fin la muchacha—. Pero me ha sorprendido que puedan morir por *shock* tantas personas en tan corto espacio de tiempo...

—Tenga en cuenta que aquí recibimos diariamente cientos de pacientes, muchos de los cuales son hospitalizados en nuestras numerosísimas plantas de internamiento —el médico se incorporó, acompañándola cortésmente a la puerta—. No puede ser extraño que, entre tantos pacientes, algunos sufran complicaciones irreversibles a pesar de todos los cuidados adoptados en casos así.

—Sí, doctor, entiendo —salió del despacho, tras recibir un afectuoso golpecito del doctor Harris en su hombro—. Gracias por todo, y discúlpeme...

—No se preocupe —sonrió el director del centro—. Sé que usted es escritora y tiene imaginación. Lo demás, viene por añadidura. Lo importante es que esa fantasía suya no la atormente demasiado. Esté segura de que aquí no ocurre nada extraño, y que su estancia entre nosotros, ya breve por fortuna, discurrirá sin problemas. Buenos días, señorita Roberts.

Cerró tras ella. La joven se alejó por el corredor, en dirección a los ascensores que conducían a las plantas altas del recinto sanitario. Entregó a una enfermera en recepción el permiso de que disponía para visitar al doctor Harris, y fue autorizada a regresar a la planta donde estaba internada últimamente, en período de recuperación y adaptación.

Se sentía defraudada, como si todo lo que había esperado de aquella entrevista con el doctor Neil Harris se hubiese volatilizado sin llegar siquiera a perfilarse. Quizá no debió siquiera llegar a hablar con él de ese asunto, pero había sentido el impulso irresistible de hacerlo, y lo llevó a cabo.

Era probable, pensó, que el doctor Harris tuviese razón y ella se hubiera dejado llevar por su imaginación, pero aun así, no podía olvidar las palabras que mencionara Conway, expresando sus dudas sobre la posible casualidad en aquellas muertes por *shock* y el modo como reaccionó al aproximarse a ellos el enfermero Harvey Rush, dando la impresión de que no quería revelar a otras personas sus sospechas.

Si después no hubiera sido él la nueva víctima de esa forma de muerte, ella no hubiese tenido recelo alguno, e incluso hubiera

pensado que el hombre fantaseaba. Pero lo cierto es que también él murió por colapso producido a causa de un fuerte *shock* nervioso. Quizá atemorizado por algo... o por alguien.

O porque alguna persona provocó ese susto mortal.

Pero ¿quién? ¿Por qué?

Si es que él sabía o sospechaba demasiado y se habían deshecho de él... ¿por qué antes murieron tres mujeres jóvenes?

¿Por qué?

El doctor Todd Hutton examinó el documento que le extendía el hombre de traje gris y aspecto de ejecutivo. Comprobó que todo estaba en regla, escudriñó la documentación del visitante, y asintió con la cabeza.

—Muy bien, señor Conway —dijo—. Ya está todo conforme. Puede hacerse cargo del cadáver de su primo. ¿Ha traído ya el vehículo adecuado?

—Sí. La furgoneta fúnebre de la Eastern Parlor aguarda fuera con su correspondiente autorización para hacerse cargo del cadáver e instalarlo en la capilla ardiente de su domicilio social. Todo está dispuesto ya, doctor.

Todd Hutton, el médico encargado de la morgue dentro del Psychiatric Medical Center, y por tanto jefe de la Sección de Autopsias también, acompañó al supuesto señor Conway hasta la salida, comprobando que el vehículo de la entidad funeraria, así como el permiso legal correspondiente, aguardaban allí. Hizo un gesto a dos empleados del depósito, que trasladaron la camilla con ruedas hasta la parte posterior de la furgoneta, cargando en está el cuerpo sin vida de Alan Conway, rígido y helado tras su permanencia en el frigorífico.

Firmó el supuesto primo del hombre muerto el documento de recepción de los restos mortales que recibía del centro hospitalario y tras despedirse del doctor Hutton, se alejó en su coche, siguiendo a la furgoneta fúnebre a través del tráfico urbano de Manhattan.

El doctor Hutton regresó al interior del frío y aséptico recinto destinado a los muertos del hospital. Los documentos correspondientes a la entrega del difunto Alan Conway pasaron al archivo de su oficina, que cerró con indiferente mecanismo. Estaba habituado a moverse entre cuerpos sin vida, vísceras y tejidos humanos carentes ya de vida. Era su tarea, como médico

especializado en aquella misión, dentro del complejo mundo clínico que era un gran centro médico como el del doctor Harris.

Patrick Normand, su ayudante en las tareas de autopsias de los cadáveres, asomó su rostro risueño por una puerta.

—¿Ya vinieron a por el cuerpo de Alan Conway? —preguntó.

—Sí, ya se lo llevaron. Todo estaba en regla. Su único pariente era un primo hermano. No se mostró demasiado minucioso ni atribulado. Ya sabe que no me gustan las escenas patéticas con los familiares, doctor Normand.

—Lo sé —sonrió el joven médico de rubios cabellos y ojos azules e ingenuos—. Al menos, este infortunado tenía alguien que lo reclamase. Lo de esas muchachas fue peor, ¿no le parece?

—¿Peor? ¿Por qué? —El doctor Hutton enarcó una ceja, interrogante.

—Bueno, recuerde que no tenían familia alguna. Nadie las reclamó.

—¿Se refiere a las otras muchachas víctimas de colapsos repentinos? Sí, fue una afortunada casualidad para nosotros. Hubiera sido terrible tener que recibir aquí a novios, esposos o familiares atribulados por su muerte. Pero creo que una de ellas era prima de otra...

—Sí, Geraldine Swain, la última en morir, era prima de Molly Riggs, la segunda fallecida —recordó Patrick Normand frunciendo el ceño—. Pero en vez de reclamarla legalmente, dejó que fuese incinerada y exhumada por cuenta de las autoridades municipales de la ciudad de Nueva York... y ella ingresó aquí, también enferma de los nervios.

—¿Adónde quiere ir a parar con todo eso? —Frunció el ceño el doctor Hutton, mirando pensativo a su joven ayudante.

—A nada, tal vez —el rubio médico se encogió de hombros—. Pero me he preguntado muchas veces si, realmente, Geraldine Swain estaba enferma de los nervios como alegó, o sólo buscaba aquí dentro una razón que explicase la muerte de su prima Molly.

—Doctor Normand, eso es una tontería —cortó secamente Hutton—. No se puede engañar a personas especializadas en psiquiatría como el doctor Harris, el doctor Lang o la doctora Gavin, con una simple ficción, por hábil que ésta sea.

—Es posible —el doctor Normand hizo un gesto ambiguo—.

Pero sigue intrigándome que en estos últimos tiempos haya aumentado tanto el número de fallecidos por colapsos provocados por algún *shock* imprevisto, dentro de este hospital.

—¿Qué está insinuando? —masculló el doctor Hutton, arrugando la frente con disgusto evidente.

—No, nada —se apresuró a negar el joven—. Sólo estaba tratando de divagar un poco, doctor.

—Pues divaga demasiado —fue la seca objeción de su jefe—. Olvídese de hacer deducciones aventuradas y recuerde que tenemos dos autopsias pendientes esta tarde. Es el enfermo de la planta undécima, el que se arrojó por las escaleras en un ataque de demencia, y la vieja señora que falleció apenas ingresada, anteanoche, víctima de un tumor cerebral que le producía accesos de locura cuando su dolor se hacía insoportable. En ambos casos, tanto el doctor Lang como el doctor Harris han insistido en la autopsia antes de certificar su fallecimiento.

—Creí que sólo tendría la guardia nocturna hoy y no autopsia alguna, doctor Hutton —comentó Normand, contrariado.

—Pues ya ve que no es así —rió su superior—. No se queje demasiado. Tiene frecuentes guardias nocturnas en la morgue, pero lo cierto es que no tiene muchas autopsias. Vaya lo uno por lo otro, doctor Normand. Cuando aquí éramos tres o cuatro médicos de servicio, la labor era más repartida, pero recientemente se redujeron los gastos generales en el centro, y este sector ha sido uno de los perjudicados por la reducción de plantillas. Hemos de aceptarlo como es. Cuando salga usted de aquí, será un auténtico experto como médico forense, especialmente en dolencias cerebrales y examen neuroquirúrgico de los pacientes que pasen por su mesa de autopsias. Ese aprendizaje se tiene que pagar, después de todo. A su edad, amigo mío, las ambiciones del médico profesional no tienen límites. Ni deben tenerlas. El mundo es de ustedes, los jóvenes, doctor Normand. Estoy seguro de que llegarán a conocer y dominar técnicas que nosotros ni siquiera soñamos todavía. La medicina y la cirugía avanzan tan deprisa, que muy pronto el hombre será una especie de pequeño dios, capaz de mandar sobre la vida y la muerte de los seres humanos.

—No creo que lleguemos tan lejos —rió suavemente Normand—. Al menos, no nuestra generación, doctor Hutton. La ciencia-

ficción nunca ha sido mi debilidad. Y creer que nosotros, alguno de nosotros, pueda tener dominio y control sobre la vida y la muerte del hombre, es eso simplemente: pura ciencia-ficción todavía...

Se alejó, mientras Hutton le contemplaba pensativo, sacudiendo la cabeza con cierta decepción.

—Hombres de poca fe —gruñó—. Tan jóvenes y tan poco crédulos en sus propias fuerzas...

El enfermero Robin Nolan comprobó que todos los pacientes se hallaban en sus respectivas habitaciones y que no había novedad alguna en la planta.

Luego se encaminó a recepción, al final de la planta, donde la enfermera Honey Miles atendía unas llamadas. No pudo evitar una ojeada admirativa al busto de la morena joven. Ciertamente, los pechos que se marcaban bajo el uniforme blanco eran de un volumen y fortaleza muy respetables. Robin no recordaba haberlos visto tan grandes ni siquiera en las revistas eróticas.

Ella se dio cuenta de la dirección de su mirada. Le sonrió, provocativa, sin dejar de atender el teléfono, humedeciendo sus gordezuelos labios con la rosada puntita de la lengua. Luego, al colgar, se quedó contemplando a su nuevo compañero de trabajo.

—¿Todo en regla? —preguntó.

—Todo, sí —a Robin le costó algún esfuerzo apartar sus ojos de aquellas moles erguidas, realmente avasalladoras, para clavar sus ojos ahora en los oscuros y maliciosos de la seductora enfermera.

—Bien, entonces ya no hay más que hacer por el momento —suspiró la enfermera Miles—. Sólo tenemos que aplicarle una inyección cada seis horas al paciente de la habitación número 932 y vigilar la temperatura del paciente de la 917. A menos que surja algún imprevisto, eso es todo. Yo puedo ocuparme de ello, puesto que estoy de guardia. Si lo desea, puede irse a descansar, a ver la televisión o a tomar algo en la cafetería. Puedo encargarme de todo ello sin ayuda.

—Creo que iré a dormir —bostezó brevemente Robin. Luego sonrió—. Pero antes tomaré café aquí. Tengo un termo entre mis cosas. ¿Me acompaña usted, señorita Miles?

—Un café siempre viene bien. Sobre todo si no es de la máquina —rió ella—. Resulta realmente detestable el que sale de ella.

Robin fue a la cámara reservada para los útiles personales del

servicio de guardia y regresó con un termo y dos vasos de papel encerado. Llenó ambos y los puso sobre el mostrador.

—Por un servicio sin problemas, señorita Miles —brindó risueño, alzando su vaso con expresión humorística.

—Así sea —siguió ella la broma, levantando su vaso antes de tomar la infusión caliente. Cuando hubo mediado el vaso, ponderó —: Excelente café. ¿Se lo hacen en casa?

—Lo hago yo. Vivo solo y sin familia. Tengo que hacerme las cosas.

—¿De veras? —La enfermera le miró interesada—. Creí que tendría cuando menos una esposa. ¿Ni siquiera tiene novia para casarse?

—Ni eso —suspiró Robin Nolan.

—Vaya, no lo entiendo. ¿Cómo no se le ha declarado ninguna chica a un hombre tan atractivo?

—No se lo he preguntado todavía a ninguna —rió él—. Pero puedo empezar ahora mismo. ¿Por qué no se me declara usted, señorita Miles?

—A eso le llamo yo replicar oportunamente —soltó una suave carcajada la enfermera, poniéndose en pie e inclinándose sobre el mostrador, ante Robin—. Estoy pensándolo, aunque yo sí tengo novio.

—¿Tan guapo como yo?

—Pues aunque usted bromea, yo hablaré en serio: infinitamente más feo que usted.

Ambos jóvenes rieron. Robin notó que ella había apoyado sus pechos de tal modo sobre el mostrador, que rozaban su propio brazo. No lo retiró.

—Pues aún está a tiempo de elegir —le aconsejó el joven enfermero—. Luego sería ya demasiado tarde.

—Eso es evidente —ella le miró con vivacidad—. ¿Sabe una cosa, Robin? En serio, me gusta usted.

—Logrará ruborizarme.

—Cielos, no. Sé que no lo hará. Detesto a los muchachos tímidos.

Y como queriendo probar si Robin lo era realmente, la presión de sus senos sobre el brazo del joven se acentuó. Robin notó la dureza y exuberancia de aquellos pechos generosos y jóvenes.

—Entonces no tiene nada que temer —rió burlón—. No tengo nada de ello, palabra. ¿Quiere una prueba?

—¿Por qué no? —le provocó ella, tras una rápida ojeada a ambos extremos del larguísimo corredor blanco, iluminado por los tubos de luz blanca, cruda y vertical, en toda su longitud.

No venía nadie. Robin Nolan ya había notado eso con el rabillo, del ojo. Por eso mismo, rodeó a Honey Miles con un brazo por el talle, atrayéndola hacia sí bruscamente para aplastar su boca en la de ella sin rodeos, mientras su otra mano apresaba firmemente uno de aquellos golosos pechos femeninos, que masajeó y estrujó con deleite, mientras sus labios saboreaban la dulzura voluptuosa de los de la enfermera.

El beso fue largo, y ella no sólo no opuso resistencia, sino que Robin notó el sutil avance de su lengua en busca de la suya propia, sin que ella se opusiera en ningún momento a las caricias varoniles sobre sus pechos.

Al apartarse, la enfermera Miles jadeaba, sin aliento. Se miraron largamente. Los ojos de ella estaban turbios de deseo. Tenía la boca entreabierta y seguía ofreciendo sus pechos al hombre. La mano de Robin se había hundido bajo el uniforme, hasta alcanzar los gruesos globos de carne en contacto directo.

—Oh, Robin... —susurró ella, estremecida—. Eres un encanto.

—Tú sí que lo eres —murmuró él, sin dejar de acariciar aquel busto femenino, amplio y opulento—. Pero aquí no es prudente continuar, querida...

—No, aquí, no —aceptó ella, roncamente, dejándose manejar dócilmente—. Ni ahora tampoco. Podrían sorprendernos. Eso significaría el despido inmediato, porque la guardia de noche es sagrada aquí. De todos modos, una guarida nocturna es muy larga, y hay horas más adecuadas para encontrarnos... De madrugada, por ejemplo. ¿Puedes pasar por aquí a las tres o las cuatro? Te estaría esperando, Robin...

—Pasaré —prometió él, retirando su mano de los pechos femeninos, mientras ella se despegaba con dificultades, dejando de oprimir con sus muslos los de él—. Entre tres y media y cuatro.

—No faltes —musitó ella.

—Sabes que no faltaría por nada del mundo —sonrió Robin, guiñándole un ojo.

Se alejó. Ella lanzó un suspiro, mirando con fastidio el reloj. Había que tener mucho control para dominar ciertos impulsos. Pero sabía lo que se hacía. Apenas diez minutos más tarde, asomó la doctora Lynn Gavin por el corredor, en compañía del doctor Leslie Lang. Ambos facultativos se aproximaron a recepción, charlando entre sí.

—¿Cómo está la señorita Wilcox? —indagó la doctora Gavin—. Creo que tuvo esta tarde una pequeña crisis...

—Oh, sí —asintió la enfermera Miles—. Pero fue poca cosa. Una depresión repentina. Tal vez ocasionada porque su compañera, Abigail Pearson, ya no está aquí desde el incidente tan desagradable de ayer tarde, con la señorita Roberts... Ellas dos se llevaban muy bien.

—Lo sé —asintió la doctora Gavin—. ¿Ha reaccionado bien al tratamiento?

—Muy bien —asintió la enfermera—. Ya se lo comuniqué al doctor Harris.

—Perfecto —el doctor Lang meneó la cabeza—. Le dije que no se preocupara, doctora Gavin. Estando la enfermera Miles de turno, todo anda en regla. Es muy eficiente.

—Gracias, doctor —casi se ruborizó la joven enfermera.

—Es la pura verdad —el doctor Lang se inclinó a examinar unos datos sobre otro de los pacientes en la hoja de control de la planta y pareció satisfecho—. Bien, el señor Ashcroft sigue estacionario. Y la señorita Roberts continúa su mejoría...

—Al parecer, su visita al doctor Harris no tuvo nada que ver con alguna crisis repentina, ¿no, doctor Lang? —indagó la doctora Gavin.

—No, en absoluto —negó el doctor Lang, arrugando el ceño—. El doctor Harris me habló de ello. Parece ser que nuestra paciente se había preocupado de veras y tenía una peregrina idea sobre los *shocks* letales últimamente presentados en el hospital...

—¿Qué clase de idea? —se interesó la doctora.

—Bueno, temía que fuesen provocados —sonrió Lang, aunque su rostro estaba absolutamente serio. Meneó la cabeza al añadir—: Al parecer, el doctor Harris le convenció de lo contrario. Pero no dejó de disgustarle el hecho. Ya sabe usted que detesta que sus pacientes le presenten problemas.

—Esa joven fue muy audaz al pedir ver al doctor Harris para exponerle algo así.

—Es escritora, ya sabe. La imaginación vuela. Esperemos que sea sólo eso, y no una manifestación de tipo persecutorio. Por eso me interesaba ver su estado actual, y según estos últimos datos es normal. ¿Ha visto usted a la señorita Roberts, enfermera Miles? —indagó, dirigiéndose a la aludida, que les escuchaba con aire distraído.

—Sí, doctor —se apresuró a afirmar la enfermera—. Estaba muy animada, leyendo un libro y tomando apuntes para su próxima obra, según me dijo.

—Bueno, eso está bien —aprobó el doctor Lang con una sonrisa—. Evidencia de que vuelve a sentir deseos de vivir, de trabajar, de normalizar su vida.

—Lo que me preocupó es el libro que estaba leyendo y el título de la nueva novela que piensa escribir y que mencionó —dijo la enfermera Miles, bruscamente.

—¿De veras? —El doctor Lang la miró, sorprendido—. ¿Qué era ello?

—Leía una obra que transcurría en un gran hospital, un relato muy técnico, escrito por un médico que narra sus experiencias vívidas. Y su próximo trabajo dijo que se titularía *Asesinato clínico*, basado en una idea personal.

—*Asesinato clínico*... —repitió el doctor Lang, sobresaltado, cambiando una mirada con la doctora Gavin. Puso gesto de desagrado—. Vaya, parece que el doctor Harris no llegó a convencerla del todo, ¿no le parece, doctora?

—Sí, eso es lo que parece, doctor Lang —admitió ella, afirmando con la cabeza, tan contrariada como él.

Se alejaron sin añadir comentario alguno. La enfermera Miles volvió a su rutinaria tarea, confiando en que el tiempo pasara deprisa hasta el retorno del enfermero Robin Nolan aquella madrugada.

A las tres y media en punto, el joven Robin estaba allí. A las cuatro menos algunos minutos, los dos salían de la cámara destinada a sus útiles personales, despeinados y jadeantes, mientras ella abotonaba su uniforme sobre los voluminosos senos y se despedían con un beso, prometiendo reunirse en breve otra vez.

Hasta las cinco de la madrugada, todo transcurrió normalmente en la planta del hospital.

Fue a esa hora cuando la enfermera Miles, con expresión alterada, telefoneó apremiante al médico de guardia, informándole de la muerte de Dona Wilcox.

Dona Wilcox había muerto en su habitación, con el rostro convulso por un terror repentino, la mirada vidriosa y dilatada. El doctor Lang certificó muerte producida por paro cardíaco. Un violento *shock* había causado el colapso.

CAPÍTULO IV

—¿Nada? ¿Está seguro, doctor?

—Segurísimo. Absolutamente nada, capitán Fuller. El cadáver al que hicimos la autopsia no presenta señal alguna de violencia, fármacos tóxicos o droga alguna que haya podido provocar el colapso. Lo siento.

—Pero... ¡pero algo tuvo que ocurrir para que un hombre como Alan Conway, perfectamente sano, muriese víctima de un *shock*, doctor! —protestó vivamente el oficial de Homicidios, encarándose con el forense de la policía, que se limitó a contemplarle con aire apacible.

—Me limito a exponerle el resultado del examen clínico de sus vísceras. Todo permite suponer que se produjo un repentino paro cardíaco por alguna alteración violenta, una sensación física como la de terror, angustia súbita o algo parecido, que detuvo el funcionamiento de su corazón, sin que pudiera superar el estado de *shock*. Es todo lo que hemos sacado en claro de la autopsia el doctor Warden y yo. No puedo inventarme nada que apoye sus teorías, capitán.

—Maldita sea, todo este maldito asunto tiene que tener una explicación razonable, lógica... No es posible que Conway muriera como un paciente más, cuando todos sabemos que él entró allí para investigar unos posibles homicidios... Doctor, tenga en cuenta que estuvo rodeado de médicos y enfermeras, en un recinto cerrado como es un hospital psiquiátrico. Es posible que un médico cualquiera haya podido provocar su muerte sin dejar rastro. ¿No existe la posibilidad clínica de matar a una persona borrando todas las huellas de ese crimen y haciéndolo parecer muerte natural?

—Esa posibilidad siempre existe, capitán. Yo me resisto a creer que un colega sea capaz de poner sus conocimientos médicos al servicio de una idea delictiva, pero un tratamiento intencionado

que pueda debilitar paulatinamente un corazón, hasta provocar su colapso, es siempre posible, aunque quizá no sea tan fácil borrar todas las huellas que los fármacos adecuados dejarían en el cuerpo de la víctima. No es ése el caso del cadáver examinado, ciertamente. No hemos notado la presencia de droga alguna que pudiera debilitar su corazón o conducirlo a una paralización irreversible. Si usted quiere mi opinión personal, como médico, es que su hombre murió de miedo.

—¿Miedo? ¿Miedo Alan Conway? ¿Miedo a qué, doctor? ¡Él era un policía decidido, eficiente y nada apocado!

—Me limité a exponerle mi opinión. Nada más. La contracción muscular facial, más la forma en que su corazón se detuvo, hace suponer que se enfrentó a algo capaz de asustarle mortalmente. No me pregunte qué pudo ser, porque no podría darle ninguna respuesta, pero éstos son todos los síntomas, por si le sirven de algo.

—Morir de miedo... Conway, muerto de miedo... —Fuller sacudió la cabeza, estupefacto—. Imposible, doctor, imposible...

El forense se limitó a encogerse de hombros, dejar el informe médico de la autopsia sobre la mesa del oficial de Homicidios, y marcharse en silencio.

El capitán Scott Fuller jugueteó, furioso, con aquel papel firmado por dos médicos de absoluta confianza, dependientes del Departamento de Policía de la ciudad de Nueva York. Era irritante estrellarse siempre en el mismo muro. Dentro del hospital, oficialmente, no podía intervenir. No había motivo para ello. El informe forense era el de muerte natural por colapso cardíaco. Eso era todo. Los psiquiatras del centro médico estaban fuera de su jurisdicción mientras no hubiese un simple dato capaz de denunciar la existencia de violencia o de intencionalidad en esas muertes.

Decidido, alzó el teléfono, solicitando datos sobre los funerales de tres mujeres fallecidas en el Psychiatric Medical Center de Nueva York. No tardó en recibirlos, y fue un nuevo mazazo.

Las tres habían sido incineradas e inhumadas, conforme a las leyes municipales, por el propio Ayuntamiento de la ciudad, ante la ausencia de familiares que reclamaran sus cuerpos. No se podían examinar ya aquellos cadáveres. Ahora eran simples cenizas en unas arquetas. El caso se cerraba.

Fuller tableó sobre su mesa, nervioso y malhumorado. Conway

no pudo equivocarse. Su propia muerte corroboraba su teoría y los temores de la infortunada Geraldine Swain, su vecina. Había creído tener la evidencia en sus manos cuando logró recuperar el cadáver de Alan Conway. Ahora sabía que no había conseguido nada con ello, salvo entregar a manos de los forenses a su infortunado subordinado y amigo. Y, sin embargo, tenía que haber algo. Algo que había escapado al examen clínico de sus vísceras, algo que explicara su muerte, algo que pudiese haber conducido a un hombre como Conway a un *shock* mortal.

Pero ¿qué era ese algo... y dónde estaba?

—Muerta por *shock*...

Muy pálida, Sheila Roberts miró largamente en silencio al hombre que estaba haciendo su cama con eficiencia profesional. Él asintió.

—Sí, señorita Roberts. Así ocurrió. Anoche.

—Pero... pero Dona Wilcox estaba mejorando... —dijo Sheila dominando su angustia.

—Eso parecía. Debió tener un sueño, una pesadilla, y el terror la mató. Sufrió un colapso irremediable. La hallaron sin vida a las cinco de la mañana, pero debía de llevar ya casi cuarenta minutos en aquel estado.

—¿Quién la encontró?

—La enfermera Miles —carraspeó Robin Nolan, alisando la sábana sobre el lecho de la enferma—. Está muy impresionada. Le han dado día libre por ello. El rostro de la infortunada señorita Wilcox aparecía tan desfigurado por el horror... No es agradable verla, la verdad. Tuvo que ser una muerte atroz. Morir de miedo, creyendo ver algo espantoso...

Sheila no dijo nada. Estaba en pie ante la ventana desde la que se dominaba Manhattan. Su corazón latía apresuradamente, como queriendo desbocarse dentro de su pecho. Otra víctima más. Otra muchacha joven, esta vez fea y sin gracia. Pero joven, llena de vida...

—El doctor Lang dice que sufrió ayer alguna alteración —decía en estos momentos el enfermero Robin distraídamente, terminando de hacer la cama—. Me refiero a Dona Wilcox, naturalmente. Pero nada hacía suponer que llegara a alterarse tanto.

—¿Han informado ya a la familia de esa pobre chica? —

preguntó de súbito Sheila.

—Creo que lo intentaron. Pero no tiene familia. Ella era canadiense. Tal vez tenga en el Canadá, pero no es seguro.

—¿Qué harán con ella, si nadie la reclama ahora?

—Lo que se hace en estos casos —se encogió de hombros el enfermero—. Se entrega el cuerpo al Ayuntamiento y este efectúa los funerales por su cuenta.

—¿Sin autopsia?

—¿Autopsia? —Robin arrugó el ceño, se irguió, una vez hecha la cama, y la miró sorprendido—. ¿Por qué habría de hacerle el Ayuntamiento autopsia alguna, si tiene en regla el certificado médico, como fallecida por causas naturales? Yo mismo he visto ya ese certificado, señorita Roberts, cuando la condujimos al depósito de cadáveres de este edificio.

—¿Ah, sí? —Sheila le miró interesada—. ¿Quién lo firmó?

—El doctor Lang, naturalmente —se quedó mirándola, intrigado—. ¿Por qué me pregunta todas esas cosas, señorita Roberts? ¿Es material para el libro que piensa escribir? No he podido evitar ver esos apuntes en su mesa... *Asesinato clínico*. ¿No es un título demasiado significativo para prepararlo aquí ahora?

—¿Por qué habría de serlo? —Sheila le escudriñó fríamente—. Usted ha mencionado una muerte natural, no un asesinato.

Los ojos gris oscuros del joven Nolan brillaron, fijos en ella. Una media sonrisa curvó sus labios carnosos.

—Mire, señorita Roberts, dejémonos de subterfugios. Usted sospecha algo.

—¿Usted cree?

—Sospecha que han matado a Dona Wilcox, ¿verdad?

—Yo no he dicho eso.

—Lo está dando a entender. Sus preguntas son significativas. Además, he oído que fue a ver al doctor Harris ayer, con ciertas teorías alarmantes.

—Aquí las noticias vuelan, ¿no es cierto? —sonrió Sheila, desdenosa.

—Por supuesto. El comadreo está a la orden del día en cualquier hospital. ¿Sigue pensando que han muerto varias personas aquí por causas que no son naturales?

—La muerte de Dona Wilcox no hace sino acentuar mis

sospechas, Robin.

—Unas sospechas muy peligrosas, señorita Roberts.

—¿Peligrosas? —Se puso rígida ella—. ¿Por qué?

—Si son falsas, porque hará pensar a sus médicos en manías persecutorias, obsesiones patológicas y cosas por el estilo, alargando su estancia aquí. Si son ciertas... porque alguien podría pensar en deshacerse también de una persona tan incómoda para sus planes.

—Habla usted de un modo extraño. Como si encontrase lógicas mis sospechas.

—Yo no he dicho eso. Puede estar en lo cierto o puede que no. No es asunto mío. Pero si realmente piensa así, ¿podría decirme por qué mueren esas personas? ¿Qué gana alguien en este edificio, deshaciéndose de pacientes recluidos aquí?

—No lo sé —paseó ella por la estancia, exasperada—. Me hice esa pregunta varias veces durante las últimas horas, sin lograr encontrar respuesta alguna. Admito que, en apariencia, nada tiene sentido.

—¿Lo ve? —sonrió Robin Nolan—. Sin motivo, no puede haber crimen. A menos que se trate del clásico científico loco de los relatos de diez centavos. No me dirá que va a exponer algo así en su novela...

—Aún no he empezado a escribirla. Sólo son apuntes. Necesito eso, el motivo.

—Y luego... la identidad del asesino —sonrió Robin.

Sheila le miró fijamente. Asintió despacio.

—Sí —dijo—. Y la identidad del asesino.

—Podría ser cualquiera, ¿no? Incluso yo mismo, señorita Roberts.

Ella se estremeció. Pero no separó sus ojos de él.

—Se está burlando de mí —dijo la paciente, con disgusto.

—Ni mucho menos. Trato de ayudarla en su tarea. Un enfermero difícilmente puede provocar asesinatos. Los médicos son más adecuados como sospechosos. Ellos manejan todo, controlan al paciente... Tiene algunos sospechosos ideales: el doctor Lang, la doctora Gavin... Ellos tienen a su cargo esta planta, y aquí han muerto todas las personas de *shock*. ¿Qué me dice del doctor Harris? Es el responsable de todo, el director del establecimiento. Podría ser el cerebro de una operación criminal a gran escala.

—Sigue burlándose.

—No sea suspicaz, se lo ruego. Estoy exponiendo posibilidades. No hay otras.

—Tal vez no. Pero sigue faltando lo fundamental: el motivo.

—Eso es: el motivo. Si al menos se realizasen experimentos científicos con los cadáveres... Si se realizaran disecciones, estudio de vísceras... Pero no. Tampoco hay esa posibilidad. Los cuerpos son entregados al municipio y éste los incinera en una empresa de pompas fúnebres. El hilo se rompe por ahí irremisiblemente... y estamos como al principio. Sólo la muerte natural, por poco apasionante que sea esa posibilidad, nos queda como explicación racional de todo.

Hubo un silencio. Sheila emitió un leve suspiro. Luego, asintió de mala gana.

—Gracias —le dijo—. Lo ha expuesto con una racionalidad fría y analítica, Robin. Merecería ser usted escritor... o policía.

—Pero sólo soy enfermero —rió él suavemente—. Y no muy experimentado aún. ¿De verdad sigue pensando que hay algo raro, posiblemente criminal, en todo esto?

—Yo no sé qué pensar. Pero algo me dice que sí lo hay. Lo siento. No puedo pensar de otro modo. No es sensato ni lógico, lo sé. Se trata sólo de un instinto, de una corazonada. Sólo que no puedo renunciar a ella.

—Está bien. Si prefiere seguir con sus teorías, yo no soy quién para...

—Enfermero Nolan, hay mucho trabajo en el hospital para pasarse el tiempo hablando con los pacientes —cortó con dureza una voz autoritaria desde la puerta de la habitación.

—Oh, lo lamento —se volvió Robin, hallándose ante el enfermero jefe, Harvey Rush, que le contemplaba con cara de pocos amigos—. Acabo de terminar la tarea aquí. La señorita Roberts me hizo una pregunta, y no creí correcto dejarla sin responder.

—Está bien. Si ya terminó y le dio su respuesta, puede irse, Nolan —mantuvo Rush su tono de máxima energía.

—Sí, señor —asintió el joven con docilidad, saliendo de la estancia.

Sheila se quedó mirando al recién llegado. Rush pareció muy interesado en revisar la labor de su subordinado, y se mostró

satisfecho.

—Siento haber entretenido al enfermero —se excusó ella—. No sabía que estuviera perjudicando la marcha de los trabajos del hospital.

—Oh, no tiene importancia, señorita Roberts —sonrió ahora Rush, tratando de mostrarse cortés—. Pero sé por experiencia que si se les da cuerda, estos muchachos aprovechan la oportunidad para perder su tiempo lastimosamente. ¿Puedo servirla en algo?

—No, gracias. Todo está bien, enfermero.

Rush vaciló, como si fuese a decir algo. Luego, se encaminó a la puerta. Pero ya en ella, con una mano en el picaporte, se volvió para hablar:

—Ah, lo olvidaba. El doctor Lang y el doctor Harris la verán hoy. Es probable que le den el alta para dentro de dos días, si el examen es satisfactorio.

—Es una buena noticia —murmuró Sheila, distraída.

El enfermero, decepcionado por las pocas oportunidades que le ofrecía ella para entablar conversación, se ausentó sin añadir nada más.

La joven se quedó sola en su habitación, esperando la hora de bajar al jardín a pasear, antes del almuerzo. Por su mente flotaba incesante el recuerdo de Alan Conway, al que ahora se unía el de la fea y pecosa Dona Wilcox, la última víctima de los extraños *shocks* mortales que se producían con rara frecuencia en el hospital.

Antes de salir al jardín, tuvo un repentino impulso. Se dirigió a la enfermera de servicio y le hizo una insólita solicitud:

—¿Podría ver a Dona Wilcox en el depósito? —pidió—. Éramos muy amigas las dos y quisiera despedirme de ella en este momento...

La enfermera diurna la miró perpleja, y respondió, cautelosa:

—No sé. Espere. Consultaré su caso con el doctor. No es una petición frecuente.

Habló con un médico de servicio, quien a su vez debió consultar a alguno de los responsables de la planta. Tras interesarse por el nombre de la paciente que pedía tal cosa, la enfermera recibió una respuesta. Colgó, y se quedó mirando a Sheila.

—Firme aquí —le entregó un papel, que luego selló ella—. Vaya con este permiso personal al depósito y pregunte por el doctor

Hutton o el doctor Normand. Ellos la permitirán ver el cadáver, pero sólo unos momentos. El doctor Lang dice que no debe sufrir usted emociones fuertes.

Ella firmó con su nombre en el lugar señalado, y la enfermera se quedó una copia del permiso, entregándole la otra hoja y llamando a un enfermero que la escoltó hasta la morgue del gran edificio.

El doctor Hutton no estaba. Salió a atenderla el doctor Normand, con su rubio cabello despeinado y gesto de cansancio en el rostro. Los ojos revelaban sueño.

Examinó el documento y miró curiosamente a Sheila, antes de hacerla pasar.

—De modo que desea ver a su compañera... —comentó—. Es la primera vez que me ocurre eso desde que trabajo aquí. Ni a los pacientes les gusta visitar esta zona del edificio, ni a los médicos les resulta fácil autorizarlo. Pero usted trae todo en regla, y ya han llamado de su planta informando de esta visita. Pase, por favor.

Entró con un leve estremecimiento. No es que el lugar fuese más frío que el resto del establecimiento, pero producía esa impresión. La idea de saber que allí se hallaban los cuerpos sin vida de pacientes fallecidos, producía en ella una emoción helada e inquietante.

Aun así, caminó resueltamente, junto al doctor joven y rubio, que se presentó a ella como Patrick Normand, médico auxiliar forense del hospital, bajo las órdenes del doctor Hutton, responsable de aquel departamento.

La invitó a entrar en una estancia blanca, aséptica, de temperatura realmente glacial, desnuda de muebles, con excepción de una mesa de mármol blanco en su centro, y un armario acristalado, repleto de instrumentos quirúrgicos. Sheila se detuvo, con un temblor súbito en sus piernas.

Allí estaba. Un simple bulto sobre la mesa. Pero la tela que la cubría era verde, no blanca. Como si fuese un quirófano y no el depósito de cadáveres. Sólo que a Dona Wilcox ya nada podía volverla a la vida ni el más genial cirujano.

—Pase —invitó el doctor Normand—. No es agradable, y menos para pacientes de tipo psíquico como usted. Pero si tenía amistad con ella y cree esto un deber, adelante.

Alzó la sábana verde. Debajo, apareció la rígida figura de Dona

Wilcox. Extrañamente lívida, con gesto crispado y ojos dilatados de horror. Sus pecas y el rojo del cabello resaltaban aún más.

El doctor Normand vigiló las reacciones emotivas de la joven. Sheila se aproximó al cadáver, que aparecía envuelto en un sudario confeccionado con otra sábana verde. La cabeza también tenía una especie de turbante hecho con tela verde, envolviendo sus cabellos y cráneo hasta la mitad de la frente. Tal vez ese detalle quitase aire macabro al cuerpo. Seguía pareciendo un ser vivo a la espera de una intervención quirúrgica. Sólo que aquélla era la mesa de autopsias.

—Pobre Dona... —musitó, y su acento era sincero, porque sentía dolor ante la muerte ajena, aunque la muchacha nunca hubiera sido amiga suya, sino simple vecina—. Descansa en paz, muchacha...

Sus dedos tocaron la piel tersa de la frente de Dona. Se estremeció. El frío marmóreo de la muerte siempre impresiona. Echó un paso atrás.

El doctor Normand suspiró, cubriendo de nuevo con la tela verde el cadáver. Miró con simpatía a la visitante.

—Es muy valiente —ponderó—. Creo que ya es suficiente, señorita Roberts.

—Sí, también lo creo yo. ¿Van a hacerle la autopsia?

—No es necesario en la muerte por causas naturales —meneó la cabeza negativamente—. Pasará de aquí a un compartimiento frigorífico, hasta que el municipio envíe un furgón y retire el cadáver, con destino a la empresa funeraria que lo incinerará y sepultará. Es lo normal en estos casos.

—Sí, entiendo. Incinerada... —contempló el bulto bajo la sábana verde—. No quedará nada de ella...

—Cenizas. Lo que realmente somos —bostezó, aunque intentó reprimirlo—. Lo siento. Aún no me he acostado. Tuve turno de noche y el doctor Hutton no llegará a relevarme hasta las tres de la tarde. Me caigo de sueño.

—Es una dura labor la de ustedes, ¿no? —comentó ella, camino de la salida del gélido recinto.

—No es la más agradecida, ciertamente —sonrió el joven médico, encogiéndose de hombros—. Pero alguien tiene que hacerla.

Llegaron a la salida. El enfermero esperaba para recoger a Sheila

y llevarla de nuevo a su pabellón. El doctor Normand tendió su mano a la joven y le sonrió.

—No ha sido una ocasión agradable de conocernos —dijo—. Pero lo cierto es que me ha gustado conocerla. Si me necesita para algo, cuente conmigo. Después de todo, también soy médico. Y prefiero los pacientes vivos...

—Gracias, doctor Normand. Pero creo que esta semana abandono el hospital.

—Ah, eso es magnífico. Ya me pareció que estaba usted muy equilibrada y dueña de sí para ser una paciente con problemas. Suerte en su regreso al exterior.

Se alejó ella, sintiéndose más tranquila fuera de aquel frío recinto. Por fortuna, la juvenil simpatía del doctor Normand había limado en parte la helada aspereza de su fugaz contacto con el mundo de los muertos. Aun así, no podía olvidar a Dona, envuelta en su tela verde, esperando salir con rumbo a la funeraria, a la incineración...

Incineración.

Sin saber por qué, la palabra le ofrecía un significado siniestro. Tal vez porque ahora sabía que todos los demás que no tenían familia, fueron incinerados. Así no quedaban rastros. Los cadáveres no existían. Nadie podría nunca buscar en ellos algo especial, una evidencia de que existió el crimen.

Creía haber oído referir a alguien que todas las víctimas de *shock* fallecidas habían carecido de familia. Ignoraba los detalles sobre Alan Conway. Pero las mujeres fueron en todos los casos enterradas por cuenta del municipio. Extraña coincidencia aquella...

Una más en la cadena de coincidencias tenebrosas que estaban teniendo lugar en el centro médico, pensó Sheila Roberts con secreta angustia.

CAPÍTULO V

El capitán Fuller alzó sus ojos hacia la persona que aparecía en la puerta de su despacho.

—¿Sí? —indagó, ceñudo, dejando de hacer anotaciones en un *dossier*.

—Perdone, capitán —habló el subordinado que asomara en la entrada—. Ayer, cuando el cadáver de nuestro compañero Conway fue trasladado al departamento forense, alguien cometió un olvido imperdonable...

—¿Un olvido? ¿Qué fue ello?

—Verá, señor... —El policía trató de explicar las cosas lo mejor posible—. Junto con el cadáver, nos fueron entregadas las ropas y pertenencias de Conway, puesto que oficialmente era un familiar suyo el que retiraba al fallecido. Pues bien, entre sus cosas, que sin duda ya habían sido previamente examinadas y revisadas en el hospital, antes de introducirlas en una bolsa de plástico aséptica, hallaron algo que no nos fue notificado inmediatamente, y que puede ser de gran interés en lo que está usted investigando.

—Por todos los diablos, ¿de qué se trata? —El tono del oficial reveló impaciencia.

—De esto, señor —el policía depositó en su mesa un objeto—. Al parecer, Conway tuvo gran cuidado de mantener eso oculto durante su estancia en el hospital, e incluso al morir en él y ser recogidas sus pertenencias en el depósito de cadáveres del centro médico.

Perplejo, Fuller contempló lo que su subordinado había puesto encima del escritorio.

Era un reloj electrónico de tipo digital, con cadena metálica y todas las apariencias de ser perfectamente normal y no precisamente de los más caros.

—¿Y qué significa esto? Ya sé que Conway usaba reloj y que éste es el suyo...

—Pero verá que el reloj está parado, señor.

—Cierto. ¿Se le agotó la pila o sufrió algún golpe?

—Eso es lo que pensaron en este departamento, como debieron pensarlo en el propio hospital. Pero nosotros conocíamos bien a Alan Conway. Si quería decirnos algo, no iba a ser tan tonto de llevar encima un papel escrito que sus posibles asesinos se apresurarían a destruir. Lo haría más astutamente...

—¡Ya entiendo! —Nervioso, el capitán volvió el reloj, examinando la diminuta tapa del compartimento destinado a la pila—. ¡Hay algo aquí dentro, en lugar de la pila electrónica!

—Exacto, señor —sonrió el agente—. Lo hemos examinado ya, dejándolo donde estaba. Puede usted verlo por sí mismo.

Y le tendió un destornillador adecuado. Fuller lo utilizó para desenroscar la tapa del reverso del reloj, y encontró un papelito dentro, muy doblado, ocupando el hueco que dejara allí la ausente pila.

Lo desdobló cuidadosamente entre sus recios dedos, manipulándolo con delicadeza. Al fin, lo desplegó. Tuvo que usar un lente de aumento para leer los diminutos caracteres trazados allí con bolígrafo.

—Conway era un gran aficionado a escribir en miniatura —sonrió tristemente su compañero—. Allí no debía de tener lupa, pero utilizaría un cristal cualquiera, quizá un vaso con agua, como lente...

—Se lee muy bien lo que escribió aquí —fue el comentario excitado del jefe de Homicidios—: «Me siento últimamente débil. El corazón me falla, no sé por qué. Algo ocurre. Tengo pesadillas. Me sobresalto fácilmente. Temo que me estén drogando. Sólo los doctores Lang y Gavin me atienden. Y los enfermeros Rush y Honey Miles. He hablado con una paciente vecina, Sheila Roberts. Es escritora. Muy inteligente y sensible. Creo que confiaré en ella solamente. Ya he empezado a confiarle algo. Pero presiento que me vigilan. Me acechan. Alguien sospecha algo. Me pregunto quién...»

Eso era todo. Fuller, desilusionado, levantó la cabeza. Su subordinado hizo un gesto expresivo.

—No podíamos esperar demasiado —dijo—. Hubiera sido magnífico que lo aclarase todo. Pero dice algunas cosas, señor. Si temía que le drogaban, tendría razón. Su corazón era fuerte, su

salud a toda prueba. Él no veía visiones.

—Lo sé muy bien. Pero hemos hecho una autopsia con resultado negativo. No había huellas de droga alguna en sus vísceras. Eso es lo que cuenta.

—Yo confío más en la intuición de Conway que en la eficiencia de los forenses.

—Si ellos le oyeran... —Hizo un gesto abrupto—. Pero yo también pienso como usted. Quizá sea una droga nueva, algo que no deje huellas. Si le vigilaban, resolvieron matarle. Pero habla de una chica... Esa tal Sheila Roberts. Hágame un informe completo de ella. Quién es, cuáles son sus trabajos literarios, por qué está en el hospital y si sigue aún allí. Podría peligrar si alguien sabe que Conway confió en ella.

—Enseguida, señor. ¿Y los otros nombres que cita ahí...?

—Los doctores Lang y Gavin, el enfermero Rush, la enfermera Honey Miles... —Fuller arrugó el ceño—. Investiguen a todos ellos. Quiero datos completos, un historial personal y profesional de cada uno de ellos, con antecedentes de todo tipo si los hay, ¿está claro? Y que en el hospital no sepan oficialmente nada.

—Trabajaremos Saunders y yo en esto, señor —se apresuró a asentir su subordinado—. No tema. Habrá material enseguida. Todo el que se pueda conseguir.

—Bien. Manos a la obra, entonces. —Fuller contempló el diminuto papel donde Conway dejara su póstumo mensaje miniaturizado—. Tal vez desde más allá de la tumba, nuestro buen Alan Conway logre ponernos sobre la pista...

Y su rostro ceñudo, sombrío, reveló por primera vez algo de complacencia, de esperanzado optimismo. Cuando menos, deseaba que se hiciera justicia.

Ya nada ni nadie devolvería la vida a Conway. Pero si había un asesino dentro del centro médico, estaba dispuesto a desenmascararlo y que se hiciera justicia. Por Conway y por todas las demás víctimas.

—¿Por qué bajó a ver a Dona Wilcox al depósito? Usted no era amiga suya...

Sheila dominó su inquietud. Se volvió lentamente hacia la persona que le había hecho la pregunta con voz fría e impersonal que a ella se le antojó tenía también algo de acusadora. Abrió el

embozo de su lecho, tratando de ordenar sus ideas, mientras su interlocutor no desviaba sus ojos de ella.

—Era una compañera, después de todo —dijo con tono seco—. Sentí curiosidad por verla. Eso fue todo, doctor Lang.

—No fue eso lo que dijo. La doctora Gavin autorizó esa visita, pero yo sé que usted tuvo escasa relación con Dona Wilcox. Por la sencilla razón de que ella era huraña, poco dada a amistades con sus compañeros de internamiento. ¿Qué le movió a ir a verla allí abajo, señorita Roberts?

—Ya se lo dije. Soy mujer. Ella también lo era. No conocí a otras chicas que murieron por *shock* y colapso anteriormente, pero esta vez era diferente, y no pude reprimir mi afán de verla una vez muerta... ¿Tan mal está lo que hice, doctor?

—Señorita Roberts, tengo noticias de que está entrometiéndose demasiado en los asuntos internos del hospital. Eso no me gusta. Pero tampoco le gusta al doctor Harris ni a los demás. ¿Sigue pensando que hay algo raro en esas muertes?

—Yo no soy médico —cortó con frialdad—. Es una respuesta que deberían tener ustedes, doctor Lang.

El médico no dijo nada por el momento. Paseó por la habitación, mientras ella se metía en el lecho. Rutinariamente, escribió alguna cosa en su ficha clínica y revisó los medicamentos situados en la mesilla. Pulsó el timbre de llamada.

—Yo sí soy médico, señorita Roberts —habló con acritud—. Y no he visto nada raro en esos fallecimientos. Creo que eso lo deja todo resuelto de una vez por todas. No me gustan los aficionados a detectives ni los entrometidos. Esta tarde ha sido usted examinada y mañana saldrá de este hospital con su alta en el bolsillo para reanudar su vida normal. No quisiera que pudiéramos enviarla a los tribunales por difamación grave, si se le ocurre escribir algo sobre ese tema a la ligera, acusándonos de negligencia o de algo peor, ¿está bien claro eso?

—Sí. —Sheila apretó los labios—. Muy claro, doctor. Como usted dice, yo no soy un médico ni puedo asegurar nada. Pero nadie puede impedir que tenga mis propias ideas y sospechas.

—Allá usted con las consecuencias de esa actitud —se encogió de hombros el doctor de psiquiatría Leslie Lang, ayudante directo del doctor Harris—. No dirá que no le advertí a tiempo. La clase

médica somos un mal enemigo, si se nos hiere demasiado la sensibilidad, esté segura de ello.

El enfermero Robin asomó en la puerta, mirando interrogativamente al doctor Lang. Era indudable que acudía atraído por la llamada que hiciera el médico.

—¿Alguna novedad, doctor? —preguntó, solícito.

—Sí —asintió Lang, gravemente—. Aunque es la última noche de la señorita Roberts entre nosotros, adminístrele como hace habitualmente el sedante de cada noche. Pero por vía bucal, no inyectada. Eso será suficiente. Unas gotas de dosis, no más de diez, diluidas en un vaso de leche será suficiente.

—Sí, doctor. —Robin asintió, mirando con simpatía a Sheila, antes de abandonar la habitación. Se tropezó de frente con el jefe de enfermeros, Harvey Rush, en el mismo umbral. Éste le retuvo apoyando su mano en el hombro de Robin Nolan.

—Ya oí al doctor Lang —dijo—. No se preocupe de ello, Nolan. Yo administraré el sedante a la señorita Roberts. Es mi especialidad.

—Como usted diga —pero Robin, aunque tenía que aceptar la iniciativa de su superior, no parecía demasiado feliz con ello.

—Iré a prepararlo —habló Rush, encaminándose a la sala de enfermeros inmediata al botiquín—. Creo que la enfermera Miles estaba allí ahora, preparando otros medicamentos para los pacientes... Usted ocúpese de atender a los enfermos de las habitaciones 910 y 917.

—Sí, señor —asintió Robin de mala gana, alejándose pasillo adelante.

Rush se fue en otra dirección, entrando en la sala de enfermería donde la opulenta Honey Miles estaba preparando diversos medicamentos habituales.

—La paciente Sheila Roberts nos deja mañana, Honey —informó, encaminándose al armario de medicamentos—. Esta noche tomará su sedante por vía oral.

—Entiendo —asintió Honey Miles pensativa, alzando sus ojos hacia su compañero—. En el fondo, creo que me alegro de que se vaya.

—Yo también. Últimamente está muy molesta. Se mete demasiado en asuntos ajenos.

—Sí, es lo mismo que pienso yo —admitió ella, volviendo a

sumergirse en su tarea.

El silencio y la quietud empezaban a enseñorearse del centro psiquiátrico. La noche avanzaba y, con ella, los ruidos dentro del recinto hospitalario, el rumor de voces o pisadas, los indicios de actividad dentro del gran complejo clínico, iban disminuyendo hasta casi un total y absoluto mutismo, que no lo era realmente del todo, pero que a veces lo parecía. Sobre todo desde las habitaciones de ciertas plantas. La novena entre ellas.

Sheila había tomado su vaso de leche con las gotas de sedante cosa de media hora antes. El lento y suave sopor iba apoderándose de ella de modo paulatino. Sus nervios pasaban de la tensa excitación en que se hallaban habitualmente desde que empezara a sospechar la presencia de un monstruoso complot criminal dentro del establecimiento psiquiátrico, a un relajamiento y calma muy agradables. Era lo normal en tal clase de fármacos cuando empezaban a hacer su efecto.

Pero Sheila no se encontraba bien del todo. Sentía frecuentes dolores de estómago esa noche. Había estado a punto de indicárselo al enfermero Rush cuando le sirvió el vaso de leche con el medicamento, pero optó por callar, esperando que la molestia fuese desapareciendo de modo paulatino.

No había sido así, sin embargo. Quizá la cena, aunque frugal, le sentó mal a causa de su estado nervioso desde que viera aquel día en el depósito de cadáveres a la infortunada Dona Wilcox. Ahora, esas molestias se estaban convirtiendo en náuseas.

Se incorporó en el lecho, sintiendo un leve sudor frío en la epidermis. Asustada, se preguntó si alguien habría vertido en aquel vaso de leche algo que no fuese precisamente el sedante recetado por el doctor Lang.

¿Tal vez un veneno? ¿Una droga letal?

La idea la horrorizó. Una contracción en su estómago, más violenta que las anteriores, señaló el momento en que crecían sus náuseas. Supo que iba a vomitar. Se puso rápidamente en pie, aunque notaba escalofríos al hacerlo, y se precipitó al lavabo.

Vomitó sin dificultades. La leche fue expulsada totalmente, así como parte de la cena. Sintió que la transpiración aumentaba. Se enjugó con una toalla y regresó lentamente al lecho. De nuevo clavó sus ojos en el timbre, pensando en llamar a la enfermera de turno.

Cambió de idea. Era mejor no decir nada de todo esto. Quizá volvieran a administrarle otra dosis de leche con sedantes, y se sentía incapaz de digerir de nuevo algo semejante.

El corazón palpitaba con fuerza y aún notaba unos leves escalofríos, pero el dolor de estómago iba cediendo y empezaba a sentirse mejor. Se arropó en el lecho, con un suspiro. Cerró los ojos. Sí. Se sentía ahora mucho mejor.

—Tal vez fue solo un corte de digestión o un alimento mal digerido —murmuró para sí—. Sería ridículo intentar matarme precisamente ahora, cuando voy a dejar ya este maldito lugar... ¿O tal vez precisamente por eso intentan algo? ¿Puedo ser para ellos más peligrosa fuera de aquí que dentro? Pero si es así, ¿quién pudo envenenarme, si no fue el enfermero Rush, que es quien me sirvió la leche con el medicamento, en vez de hacerlo Nolan, como pidió el doctor Lang?

Eran demasiadas dudas, demasiadas posibilidades espantosas. Suspiró, tratando de no pensar en todo ello, con sus ojos cerrados, dispuesta a conciliar el sueño. Lentamente, parecía serenarse e ir sintiendo sueño. No había por qué temer nada. Nada en absoluto.

Se quedó dormida. El silencio en la planta era total. En el hospital, parecía serlo, aunque en aquellos lugares siempre existía actividad, de día y de noche.

Las suaves pisadas no fueron audibles para Sheila. Dormía profundamente entonces, ya sin sentir la menor molestia en su estómago. Una sombra se dibujó en el muro alumbrado por el reflejo de las luces ciudadanas entrando por las rendijas de la persiana graduable.

Esa sombra creció, se agrandó, mientras algo se solidificaba en la habitación. La puerta del corredor no se había movido en ningún momento. Aquella figura humana procedía del cuarto anexo, el de la ducha y servicios sanitarios. No encendió la luz en ningún momento. Parecía conocer muy bien el terreno que pisaba.

Se aproximó luego al lecho. Unos ojos centelleantes se clavaron en el rostro apacible y seductor de la muchacha. Hubo una sorda, apagada, risita en el silencio de la estancia.

Inquieta, Sheila se agitó un momento en el lecho. El sueño apacible parecía ya no serlo tanto. La risita ahogada se repitió con mayor malicia. Los ojos se entornaron, crueles, sin desviarse un

ápice de la figura yacente en la cama.

Luego, de repente, una mano enguantada de negro avanzó hacia ella. Proyectó una sombra semejante a la de una garra, al dibujarse en el embozo primero y sobre el rostro femenino después.

De modo inesperado, la otra mano hizo presión en el interruptor de la luz situado junto al lecho. Un repentino raudal de luz, directamente proyectada por una lámpara situada sobre la cabecera, se desparramó casi con violencia sobre el pálido, sereno y bello rostro de Sheila Roberts.

Ella abrió sus ojos con un brusco sobresalto, dilatando las pupilas, en un esfuerzo por ver lo que había más allá del chorro de luz que la cegaba. Descubrió borrosamente una zarpa negra flotando sobre su rostro. Gritó con voz ronca, ahogada por el sueño, el sobresalto y el aturdimiento natural del momento.

Luego, una faz se inclinó hacia ella, mientras sonaba una risa hueca, sardónica y maligna, de extrañas resonancias casi inhumanas.

La faz bailoteó en la penumbra, flotó como algo maligno e increíble entre los dilatados ojos de Sheila. Ella, despavorida, incrédula, horrorizada, chilló esta vez con un auténtico timbre de pavor en su voz...

Notó que algo agarrotaba su corazón, que una sensación helada la invadía, ante la presencia espeluznante de aquel ser increíble, de pesadilla, surgido de la noche como el peor de los sueños imaginables.

Luego, algo le falló, sintióse como en trance de muerte, y terminó cayendo exánime sobre la almohada, con los ojos vidriosos y la boca entreabierta, crispada en un rictus de terror y de angustia.

La figura dantesca se hundió de nuevo en la sombra, se desvaneció tras la luz dura y fría de la lámpara, y cuando empezó a llegar gente asustada, a la llamada de los gritos de la paciente, ya no había nadie en la habitación, salvo la propia Sheila, sobre la cual se inclinaron, asustados, los enfermeros de servicio.

—Dios mío —jadeó el enfermero Rush, muy pálido, al entrar en la estancia tras de sus subordinados, con rostro y ojos todavía somnolientos y el pelo revuelto—. ¿Otra víctima del *shock*?

—Eso parece, sí —admitió otro enfermero, sombríamente, inclinándose para revisar las dilatadas pupilas de la inmóvil y rígida

muchacha tendida en el lecho.

—¿Muerta? —Hizo Rush la pregunta con voz pastosa.

—Es lo que me temo —fue la dramática respuesta.

CAPÍTULO VI

—¿Tiene ya los datos?

—Sí, capitán —afirmó Saunders, tendiendo un folio mecanografiado a su superior—. Ahí tiene todos los datos que hemos conseguido. También están los informes sobre otros importantes miembros del equipo del doctor Harris, el director del Psychiatric Medical Center.

—Ya veo. El doctor Harris tiene por principal ayudante al doctor Leslie Lang, un notable psiquiatra de brillante historial, pese a su juventud. La doctora Lynn Gavin, también especialista en psiquiatría, es otra de las principales encargadas de la terapia de los pacientes en el establecimiento. Ninguno de ellos ofrece nada sospechoso en su historial clínico y personal, a juzgar por estos datos, pero nunca se sabe dónde puede estar la causa de que un prestigioso médico llegue a cometer uno o varios delitos. Existen razones de dinero fácil, de posible coacción o chantaje... o interés clínico por experimentar con sus pacientes terapias prohibidas por la ética e incluso por la ley. Veo aquí que los enfermeros Harvey Rush y Honey Miles ofrecen facetas muy diferentes, Saunders.

—Bastante diferentes, sí —suspiró el inspector de Homicidios—. El tal Harvey Rush tiene un historial bastante oscuro. Fue sospechoso en una ocasión de intervenir en el robo y tráfico de drogas estupefacientes. Nunca se le probó nada, pero la dirección del centro hospitalario donde tuvieron lugar las sustracciones de fármacos se deshizo de él a la primera oportunidad. En otra ocasión, cometió un error en la medicación de un paciente que, por rara casualidad, estorbaba a miembros de la mafia, y tampoco esa vez pudo probarse nada, ni se vio involucrado seriamente gracias a que el enfermo salvó la vida. Pero también en este caso la dirección médica le dio la baja pretextando una reducción de plantilla.

—Sin duda es un buen pájaro el tal Rush —murmuró el capitán

Fuller con gesto pensativo—. Háganle vigilar discretamente, Saunders.

—Sí, señor —asintió el inspector, haciendo una anotación en su agenda.

—Llegamos ahora a la enfermera Honey Miles. Hay pruebas evidentes de que se acostó con enfermeros y médicos en varios hospitales y clínicas, siendo despedida de todos ellos por escándalo y abandono de sus deberes. Por otro lado, se sabe que estuvo mezclada con un médico que practicaba con vísceras humanas para trasplantes en un centro hospitalario del oeste, prácticas prohibidas por las que ese médico fue procesado en su día y expulsado del Colegio Médico. La enfermera se libró gracias a que el acusado la excluyó de toda responsabilidad, pero existe la convicción, según estos informes, de que la enfermera, aparte de ser una auténtica ramera, cobraba de ese médico, amante suyo, para colaborar con él, extrayendo cuerpos de los depósitos.

—¿La hago vigilar también, capitán?

—Por supuesto. Y muy de cerca. Claro que en este caso no hay robo de cuerpos, ya que todas las víctimas son entregadas al municipio para su incineración, pero aun así, vale la pena tener en cuenta la cuestión... —Repasó los datos que quedaban en el informe—. Sheila Roberts es escritora de libros de ficción, novela romántica, de intriga o de viajes en particular, joven y atractiva, y sufrió una crisis nerviosa muy grave al tener un choque automovilístico del que ella no fue culpable, con otro coche cuyo conductor halló la muerte en el accidente. No tiene familia y parece ser una jovencita muy curiosa y aficionada a investigar para sus obras literarias. ¿No se le habrá ocurrido investigar ahora en el hospital, y su vida puede correr peligro, Saunders?

—No sé. Podríamos meter a un hombre nuestro en el hospital, pero...

—Sé lo que va a decir: «Pero podría seguir la misma suerte de Conway», ¿no?

—Exacto, señor. Y lo malo es que no tenemos pruebas para intervenir.

—Maldita sea, ¿cree que no lo sé? —Fuller encendió un cigarro, que mordió con rabia. Su voz sonó como un estropajo de aluminio restregando el culo de un puchero—: Eh, ¿qué pone aquí abajo, al

final del informe, subrayado en rojo?

—Algo que acabo de saber a través de nuestros centros de confidencias, capitán. Hay alguien más interesado en obtener datos de la gente del hospital. Una agencia de detectives privados llamada Malcolm Limited. Me pregunto qué diablos pintan éstos en el asunto.

—Trate de averiguarlo —rezongó Fuller, ceñudo—. Si no quieren colaborar, amenáceles con la retirada de licencia por ocultar pruebas a la policía, en un posible asunto de homicidio.

—Me temo que no se traguen ese anzuelo, capitán. Para que eso fuera posible, sería necesario que el caso fuese oficialmente de homicidio, cosa que ellos saben que no es cierta.

—¿Tan listos les crees?

—Mucho. Ellos se han interesado, al parecer, por un numeroso cuadro de personal del hospital, requiriendo sus datos completos. Mi informador me ha sugerido incluso la posibilidad de que hayan logrado meter a uno de sus detectives en el hospital.

—Cielos... —Fuller se cambió el cigarro de lado, mordiéndolo como si fuese un rábano fresco—. Si han hecho eso, alguien más puede peligrar. Bastará con que sepan que es un investigador privado, para que su vida no valga ni un dólar dentro de esa colmena aséptica... Trate de saber quién es y qué lugar ocupa en el hospital. Y, sobre todo, quién pudo ser el cliente de Malcolm Limited. No creo que esos detectives trabajen por amor al arte.

—Yo tampoco. Ahí he incluido los datos de otras personas sobre las que esa agencia se interesó. Tal vez puedan sernos útiles...

Los ojos del capitán recorrieron aquellos últimos nombres del informe. Leyó:

«Doctor Todd Hutton: Jefe de los servicios de autopsia y depósito de cadáveres del Centro Hospitalario Psiquiátrico. Hombre de intachable historial clínico, pero personalmente dado a la bebida, las mujeres fáciles y el juego. Cirujano especializado en medicina forense desde hace quince años.

»Doctor Patrick Normand: Joven médico especializado en neurocirugía y actualmente siguiendo la especialización de Medicina Forense. Ayudante del doctor Hutton. Procede de un Centro Médico de California, el Memorial Surgery Center, y trae excelentes informes personales y clínicos, totalmente

comprobados ya».

—No parecen ofrecer demasiadas posibilidades —señaló Fuller, enarcando las cejas—. Son médicos intachables. Además, sólo manejan cadáveres. Y éstos no sufren alteraciones ni desapariciones misteriosas en ningún caso. Los que nos interesan son los que tienen contacto con los vivos, no con los muertos, Saunders.

—Pienso igual, señor, pero como Malcolm Limited pidió datos de ellos, creí oportuno hacerme con esos datos, por si acaso.

—Hizo bien —el capitán pegó un manotazo al papel mecanografiado, con gesto de disgusto—. Al diablo con todo ello. Trabajen en esto, sin embargo, cuánto les sea posible. Y traten de saber si se puede cuidar de la seguridad personal de Sheila Roberts, esa joven escritora. Puede que su relación breve con Conway, unida a su curiosidad profesional, pueda crearle problemas muy graves allí dentro. Tal vez ahora mismo, su vida esté en peligro... o quizá haya muerto.

—Podríamos comprobarlo, señor —sugirió Saunders—. Me haré pasar por un amigo de la escritora. O por un pariente recién llegado a Estados Unidos. Ella procede de Canadá. Eso puede servirnos. Seré un primo canadiense llegado hoy a Nueva York.

—Excelente —señaló el teléfono—: Use este mismo, Saunders. No creo que el hospital sospeche nada ni trate de averiguar el origen de la llamada.

—Sí, señor —pidió a información el número del hospital psiquiátrico, y llamó. Tras comunicar con el centro, solicitó noticias de Sheila Roberts, dando a su voz un perfecto acento canadiense. Su rostro se ensombreció de repente. Fuller arrugó el ceño, poniéndose rígido. Escuchó, tenso, a su subordinado.

—Sí, sí, enfermera —dijo éste con voz grave—. Entiendo. Gracias. Iré allá en cuanto pueda, se lo aseguro. Sí, sí, gracias...

Colgó. Se quedó mirando a su superior con el mentón colgando como un trapo tendido de una cuerda floja. Fuller estalló:

—¡Infiernos, hable de una vez, Saunders! ¿Qué es lo que ocurre?

—Capitán, esa chica, Sheila Roberts... ha sufrido un violento *shock* esta misma noche, no hace ni media hora...

—¡Dios! —El color huyó de la faz rugosa del policía—. ¡Y está...!

—Muerta, a lo que parece —fue la desoladora respuesta.

—¿Muerta, doctora Gavin?

Lynn Gavin meneó lentamente la cabeza. Luego su voz sonó pastosa:

—Por puro milagro, no. Ha salvado su vida. Aun no entiendo cómo, pero está a salvo, doctor Lang.

—Cielos... ¿No dijo usted que hubo colapso, doctora? —jadeó Leslie Lang.

—Lo hubo. Pero pudo superarlo. Ahora ya está fuera de peligro.

—¿Qué pudo provocarlo?

—Lo ignoro. Aún no ha vuelto en sí, pero lo evidente es que dormía cuando le ocurrió. Logró encender la luz, según afirma el enfermero Rush, que fue de los primeros en acudir a la habitación de la paciente tras oírse los gritos de ésta. Ya estaba inconsciente, virtualmente en coma, con el aspecto de haber sufrido un *shock* violento, y la primera impresión era que había muerto. Un masaje enérgico, sin embargo, sobre su corazón, puso a éste nuevamente en funcionamiento y se evitó el colapso fatal.

—Vaya... Habrá que empezar a creer en duendes, doctora Gavin —suspiró amargamente el doctor Lang, con expresión sombría.

—¿Por qué dice eso? —se extrañó la doctora, mirándole con ojos inquisitivos.

—No sé. Otra víctima más de esos malditos *shocks*. Y de nuevo una mujer joven, sin familia...

—Sin familia, no —negó enérgicamente la doctora Gavin—. He sido informada de que, cuando se la creía muerta, alguien llamó al hospital interesándose por su estado de salud. Era un hombre, un pariente suyo recién llegado de Canadá, al parecer.

—Qué extraño... Según mis datos, la señorita Roberts no tiene familia alguna...

—Pues debía referirse exclusivamente a la existencia de parientes en este país. Lo peor es que el familiar fue informado en el sentido de que ella estaba muerta. Espero que no tarde en aparecer por aquí... y podamos darle mejores noticias.

La puerta se abrió, asomando el enfermero Rush.

—Doctor Lang, la paciente ha vuelto en sí —informó—. El doctor Harris desea verle. A usted también, doctora Gavin.

—Ya voy —asintió el primero, echando a andar seguido por ella,

hacia la estancia donde había sido introducida Sheila Roberts para urgente atención médica.

En efecto. Sheila Roberts clavó sus ojos en ellos cuando aparecieron en el umbral. Junto a la paciente, estaba el doctor Harris en persona. Tras el director del establecimiento se veía a Robin Nolan y a Honey Miles, así como a un médico de guardia nocturna. El rostro del doctor Harris aparecía ensombrecido por una expresión irritada y hosca.

—Señores, la paciente está fuera de peligro y se ha recuperado —informó—. Acaba de hablar conmigo, e insiste en que no sufrió alucinación ni pesadilla alguna, y que no fue ella quien encendió la luz de su habitación, sino la persona que se introdujo en ella.

—¿Una persona en su habitación? —se extrañó la doctora Gavin.

—Eso es lo que afirma. Bueno, suponemos que es una persona, porque la descripción que de ella ha dado, no encaja precisamente con ninguno de los miembros de nuestro personal sanitario ni médico.

—No entiendo, doctor Harris —comentó el doctor Lang, intrigado.

—Yo tampoco —manifestó rudamente el aludido, hundiendo las manos en los bolsillos de su blanca bata—. Según la señorita Roberts, lo que entró en su habitación esta noche, y la despertó bruscamente era... era un monstruo.

—¿Un qué? —jadeó Leslie Lang.

—Un monstruo. No le diga nada a ella, porque ya lo hice yo con resultado negativo. Insiste una y otra vez. Está segura de haberlo visto, no de haberlo soñado. Eso es lo que le causó la impresión que, al sorprenderla con el corazón algo debilitado por su pasado trance psíquico, pudo haberle provocado la muerte por colapso.

—Pero un monstruo... aquí... —dudó la doctora Gavin, enarcando sus finas cejas—. ¿Qué clase de monstruo?

—Algo horrible —suspiró el doctor Neil Harris sin el menor asomo de sonrisa en sus apretados labios ni en sus fríos ojos—. Un repugnante rostro cadavérico, medio carcomido por los gusanos, purulento y deforme, con el cráneo viéndose descarnado, a través de jirones de carne descompuesta, la boca apenas sin labios ya, la nariz medio corroída, lacios cabellos flotando, grisáceos, en torno a ese rostro espantoso, y garras oscuras, que parecían dispuestas a

hincarse en ellas. Esa clase de ser era lo que estaba inclinado sobre ella cuando la señorita Roberts despertó.

Los doctores Lang y Gavin miraron a la paciente. El terror había asomado a los ojos de ésta, que miraba con angustia infinita a los que la rodeaban, reviviendo sin duda la espantosa visión que describía ahora el doctor Harris.

Un gesto de enorme estupor apareció en el rostro de los dos médicos, que se miraron entre sí, perplejos.

—Cielos, ésa es la descripción de... de un cadáver en trance de descomposición —señaló el doctor Lang.

—Una visión de ultratumba, digna de una novela gótica, doctor Harris —apoyó la doctora Gavin con escepticismo muy marcado.

—Pienso lo mismo, señores —asintió el doctor Harris, secamente.

—No es posible que ella viera eso —rechazó Lang, enérgico—. Tuvo que ser sólo una alucinación, una pesadilla tan viva, que imagina que lo vio realmente...

—No, doctor Lang —era la propia voz de Sheila, débil y rota, la que respondía ahora a sus palabras—. Pueden creer que me he vuelto loca e internarme en otro pabellón, pueden hacer conmigo lo que quieran, pero nadie me podrá convencer jamás de que no vi lo que vi. Mi imaginación la dejo solo para mis novelas, no para la vida real. Desperté cuando la luz proyectada sobre mi rostro se encendió... y vi a aquella cosa atroz inclinada sobre mí, mirándome con sus vidriosos ojos colgando en sus órbitas... ¡Oh, Dios, nunca imaginé que existiera nada semejante!

Siguió un profundo silencio en la estancia. Los médicos parecían totalmente perplejos, desorientados. El enfermero Rush pareció que iba a decir algo, pero se limitó a encajar sus mandíbulas y permanecer callado.

Fue la enfermera Miles quien logró sugerir algo:

—De todos modos, hubo otras pacientes que también murieron con expresión de terror en su semblante. Quizá vieron la misma cosa...

—Quizá —el doctor Harris parecía furioso por algo—. Señorita Roberts, usted ha estado asegurando que aquí se provocaban criminalmente los *shocks* seguidos de colapso cardíaco agudo. Ahora aparece esto, tras haber visitado usted hoy el depósito de cadáveres

con el pretexto de ver a la última paciente fallecida en tales circunstancias. ¿No le parece que resulta muy difícil dar crédito a su versión de los hechos?

—Sí, doctor —afirmó débilmente Sheila—. Sé que es muy difícil creermelo. No pretendo que ninguno de ustedes lo haga. Pero yo sé que es la verdad. Sé que lo vi con igual claridad que ahora les veo a ustedes y que era tan real como ustedes mismos lo son ahora. Eso es lo que nadie logrará quitar de mi mente, de lo que ninguno de ustedes me puede disuadir.

—Pero un cadáver en estado de descomposición no se pasea por el hospital, señorita Roberts —terció al fin el enfermero Rush con voz áspera—. No tiene sentido alguno, y usted lo sabe.

—No tiene sentido. Pero ocurre. Ocurrió. Y estoy segura de que una visión semejante causó el *shock* de las demás víctimas, y su muerte posterior.

—¿Todas tenían tan débil el corazón como para morir por una simple alucinación o una pesadilla? —sugirió el enfermero Robin Nolan, sin el menor tono de sarcasmo en su voz.

—No lo sé. Lo cierto es que sucedió. Era algo capaz de helar la sangre en las venas, créame. Quizá sólo buscaban asustarlas, pero si vieron lo que yo vi, no me sorprendería nada el gesto de horror que dicen tenían al fallecer.

—La medicación es similar en todos los casos —apuntó el doctor Lang, pensativo—. Ninguno de los fármacos que suministramos a los pacientes altera el ritmo cardíaco, ya que sólo son sedantes y cosas así. Por tanto, no tiene sentido que su corazón se debilite hasta detenerse irreversiblemente por un simple susto o sobresalto.

—Pero ocurre, ¿no? —replicó Sheila—. Ellas están muertas. Y yo estuve muerta virtualmente durante unos momentos...

Otro silencio pesado y difícil siguió a la contundente réplica de la escritora. El doctor Harris resolvió la situación con un gesto y unas secas instrucciones:

—Está bien, dejemos de discutir inútilmente estos extremos. Mañana estudiaremos seriamente la situación. Ahora, lleven a la señorita Roberts nuevamente a su habitación y que se quede allí descansando, con una enfermera de vigilancia a su lado durante el resto de la noche. El médico de guardia pasará cada dos horas a ver su estado. Es todo, señores.

Se dispersaron los médicos y enfermeros, salvo Rush y la enfermera Miles, que tomaron la camilla rodante de Sheila para el traslado. Robin se apartó, dejándoles obrar.

—Yo no tengo servicio esta noche, doctor Harris —dijo Honey Miles—. Pero me ocuparé personalmente de atender a la señorita Roberts. No quiero que vuelva a sufrir sobresaltos de ningún género.

—Está bien, enfermera Miles. Tendré en cuenta esto para sus siguientes turnos de noche —sonrió débilmente el doctor Lang—. Buenas noches, señorita Roberts. Vaya tranquila. Nada va a ocurrirle ya.

—Dios le oiga, doctor —fue el escéptico comentario de la enferma. Y cuando ya salía al corredor por las puertas oscilantes de la cámara de cuidados intensivos, preguntó al doctor Harris—: ¿Esto cambia algo las cosas, doctor? ¿Ya no me darán el alta para mañana?

—No sé. Por la mañana la visitaré y examinaré su estado general. Es posible que no haya contraorden, pero si noto alteración sería en su estado psíquico, tal vez aplacemos durante veinticuatro horas su salida del hospital.

—Espero que no sea así, doctor —se estremeció Sheila—. Empiezo a sentir miedo de todo lo que me rodea...

El doctor Harris no dijo nada. Se limitó a contemplar, profundamente pensativo, la salida de la paciente en su camilla. Se volvió lentamente a la doctora Gavin, que se había quedado con él y con el enfermero Nolan.

—¿Qué piensa de todo esto, doctor? —se interesó ella.

—No sé qué pensar —se pasó una mano nerviosa por la amplia frente surcada ahora de arrugas de preocupación—. Esa muchacha me inquieta.

—¿Por su estado o por lo que dice haber visto?

—Por todo. Por eso, por su interés en imaginar cosas... o en intuir las, no sé.

—¿Cree que, realmente, hay un criminal aquí dentro, que asusta mortalmente a determinados pacientes causándoles el colapso? —Era el enfermero Nolan quién preguntaba, ante el silencio de la doctora Gavin.

—Quiero pensar que no —manifestó lentamente Harris,

caminando despacio hasta la puerta—. Pero lo cierto es que en estas últimas semanas, hay demasiados casos de muerte por *shock* y colapso en mi hospital, para no tener en cuenta las extrañas afirmaciones de esa joven...

La doctora Gavin y el enfermero Nolan cambiaron una mirada, como si les sorprendiera en igual grado la paulatina sospecha del director del establecimiento en torno a las sugerencias hechas por su paciente en aquellos días.

Pero el doctor Harris se había ausentado ya, sin añadir palabra alguna, y tras un momento de indecisión, el enfermero Nolan manifestó, algo nervioso:

—Bien, doctora, si no me necesita para algo, volveré a mi tarea. Esta noche tengo servicio...

—Vaya, vaya, Nolan —dijo ella, pensativa, en forma puramente mecánica.

Robin Nolan se alejó hacia otra zona del pabellón, y Lynn Gavin, doctora en psiquiatría, paseó lentamente por el largo corredor, con expresión profundamente preocupada. Como si realmente, algo no funcionara del modo que ella esperaba.

CAPÍTULO VII

Saunders, bajo la identidad de Alvin Roberts, ciudadano canadiense, se inclinó sobre el mostrador de recepción del Centro Médico Psiquiátrico, mostrando su documentación a la enfermera de turno. Ésta consultó algo por teléfono y devolvió luego los documentos al visitante.

Meneó negativamente la cabeza al exponerle, con voz firme:

—Lo siento, señor Roberts. Hay órdenes estrictas de la dirección de que no se pasen visitas a la señorita Roberts.

—Pero soy primo suyo, estoy de paso por Estados Unidos y...

—Sabemos todo eso, pero usted debe darse cuenta de lo que ocurre —sonrió estereotipadamente la enfermera del vestíbulo—. La señorita Roberts sufrió anoche un fuerte *shock* psíquico, del que está reponiéndose ahora, y aunque le dimos erróneamente la noticia de su muerte, por fortuna está fuera de todo peligro, pero no le convienen las visitas por el momento.

—Creí que iban a darle el alta en breve...

—Y así es. Pero el doctor Harris, nuestro director, ha dispuesto, tras examinar a su paciente, que pase dos días más en este hospital, el primero de ellos sin visita alguna. Mañana podrá venir a verla, señor Roberts. Debe conformarse con saber que está bien, fuera de todo peligro, y que en breves horas podrá visitarla, ¿conforme?

—Qué remedio...

—No puedo hacer otra cosa, compéndalo. Yo me limito a cumplir órdenes, que son siempre las más beneficiosas para nuestros pacientes.

Saunders abandonó el recinto hospitalario, contrariado por no poder ver a la enferma, pero satisfecho de haber confirmado que ella vivía y no parecía peligrar su vida, aunque dentro de aquel lugar ya nada parecía realmente seguro.

El capitán Fuller le esperaba dentro del coche particular, sin

distintivo policial alguno, que esperaba en el amplio *parking* del hospital. Arrancaron, alejándose del gigantesco y blanco edificio a reducida velocidad.

—¿Y bien? —indagó impaciente el oficial de Homicidios.

Su subordinado le expuso todo lo que ocurría. El rostro del policía se alivió ostensiblemente. Lanzó un resoplido y manifestó entre dientes:

—No me gusta que haya tenido un *shock* y se quede ahí dos días más. En dos días pueden ocurrir muchas cosas, Saunders. Especialmente, en dos noches. Creo que todos los pacientes fallecidos sufrieron la crisis de noche.

—Es cierto. Lo he comprobado en los registros del Ayuntamiento donde figuran los datos sobre los distintos cuerpos incinerados y sepultados por cuenta del municipio. Todos fallecieron en la madrugada, entre tres y cinco...

—Curioso, ¿eh? ¿Ha comprobado quiénes estuvieron de servicio esas tres noches, precisamente a esas horas, en la planta donde tuvo lugar el fallecimiento?

—Sí, señor —el policía tendió un papel a su superior—. Aquí tiene los nombres de los que prestaban su turno de noche en esas ocasiones.

El capitán Fuller dirigió una ojeada curiosa a la lista. Comprobó los nombres en cada fecha. Finalmente, su dedo golpeó con fuerza un determinado nombre, Lo mostró a su subordinado.

—Mire —dijo—. Hay un nombre que se repite todas esas noches. Pero no anoche. Raro, ¿verdad?

—Mucho —admitió Saunders con un bostezo—. Ya lo advertí, doctor. Sólo que anoche, quizá no pensaban matar a Sheila Roberts en principio. Y al saber que le daban el alta, pensaron en hacerlo precipitadamente... y algo falló. Pero estamos de acuerdo en algo: cuando murieron Geraldine Swain, Ann Joy Shark, Molly Riggs, Alan Conway y Dona Wilcox, la enfermera Honey Miles cumplía su turno de noche.

Honey Miles miró su reloj pensativamente.

—Bien —dijo, abotonando el uniforme blanco sobre sus grandes y espléndidos pechos—. Es la hora de comenzar mi turno esta noche.

—Creí que hoy librabas, por haber estado anoche de guardia

junto a Sheila Roberts... —apuntó Harvey Rush, vestido de calle, disponiéndose a abandonar el recinto hospitalario en su día libre.

—He pedido estar cerca de la señorita Roberts estas dos noches, hasta su alta definitiva —sonrió la exuberante enfermera—. Me cae bien esa chica y estoy más tranquila permaneciendo cerca de ella mientras continúe aquí. De noche, cuando menos.

—Eres una buena samaritana —rió Rush—. Mi impresión personal es que esa escritora imagina cosas y se las cree, para luego trasladarlas a sus obras.

—Pienso lo mismo —suspiró Honey—. Pero nuestro deber es ayudarla.

—¿Se encuentra mejor ahora?

—Mucho mejor, sí —asintió Honey Miles con una sonrisa—. Y espero que mañana esté aún mejor. Cuidándola yo, no hay problema, puedes estar seguro.

—Lo sé. —Rush le dio un cariñoso palmetazo en el soberbio trasero, antes de dirigirse a la puerta de salida de las dependencias de los enfermeros—. Buenas noches, y suerte en el servicio.

—Gracias, Rush. Que te diviertas con tu rubia de turno.

—Oh, eso seguro —rió él, alejándose.

Honey Miles quedó sola. Con una extraña, fría sonrisa, se aproximó a un armario de fármacos. Fingió tomar de una estantería un frasco de sedante. Pero lo cambió por otro que extrajo de uno de los bolsillos de su bata, antes de llegar donde esperaba un alto vaso casi lleno de leche. Derramó hasta diez gotas de ese líquido dentro de la leche. Sonrió, volviendo a hacer el cambio, y dejó el frasco del intacto sedante en el armario, ocultando el del otro producto en su bata. Removió la mezcla, y salió con la leche sobre la bandeja, camino de la habitación de Sheila Roberts.

Ésta la vio entrar, sin moverse de su lecho. Estaba pálida pero tranquila. En la mesilla, sonaba música suave en un radio de transistores a poco volumen. De las manos de Sheila cayó la revista ilustrada que hojeaba, y sus ojos se fijaron aprensivos en la leche.

—Vamos, tiene que tomarla —aconsejó Honey, entendiendo lo que pensaba—. Es orden del doctor Lang. Luego vendrá él a verla. Yo pasaré también esta noche a su lado. No va a ocurrir nada, ya lo verá.

—Sí, es un consuelo tenerla aquí —admitió Sheila, viendo cómo

se aproximaba a ella la enfermera con su vaso de leche en la bandeja—. Me siento mucho mejor no estando sola.

—Lo comprendo. —Honey la miró dulcemente—. Por eso me quedo de servicio esta noche. Lo hago por usted, señorita Roberts.

—Gracias. No olvidaré esto.

—Bah, no tiene importancia —dejó la leche en la mesilla—. Ahora, tómate esto.

—Sí, lo tomaré —asintió Sheila—. Si no hay otro remedio...

—No lo hay. Son órdenes. Le sentará bien, se lo aseguro.

Iba a ayudarla a tomar el vaso de leche con el fármaco, cuando hubo fuera un gran estrépito y un grito. Sobresaltada, corrió Honey al corredor para indagar lo que sucedía.

Robin Nolan, el enfermero, había chocado con su carrito contra Lorne Ashcroft, el enfermo más veterano de la planta, y éste yacía sentado cómicamente en el suelo, con el carrito de material volcado, dispersas por el suelo cajas de fármacos, toallas, y toda clase de artículos del servicio sanitario.

—Lo siento —se disculpaba Nolan—. No debió usted salir tan bruscamente...

—Lo sé, lo sé, enfermero —se disculpaba a su vez el enfermo—. Sé que tuve yo la culpa. Lamento que le haya derribado todo eso. No ocurre nada, estoy bien.

Honey meneó la cabeza, miró con un guiño a Robin Nolan y regresó dentro de la habitación. Sheila tenía el vaso de leche en su mano y estaba apurando la última gota del blanco líquido.

—Vaya, eso sí que ha sido rapidez —rió Honey—. Y se lo ha tomado todo...

—Los malos tragos, cuanto más rápidos, mejor —suspiró Sheila, dejando el vaso vacío en la mesilla. Se dejó caer en la almohada con aire de fatiga—. ¿Ya se queda aquí conmigo?

—Volveré enseguida. Tengo algo que hacer, y en menos de diez minutos estoy aquí para no moverme. Usted trate de descansar. El sedante la ayudará.

Honey Miles salió de la estancia. Sheila la siguió con la mirada. Apenas estuvo sola, se incorporó del lecho y, con rapidez, rebuscó debajo, extrayendo una bolsa de plástico repleta de leche. Iba bien atada y corrió con ella al lavabo, vaciándola y haciendo correr el agua para no dejar rastro. Luego, la bolsa con el residuo de la leche

en el fondo, pasó de nuevo a sus manos, y la ocultó bajo la almohada. Apenas dos minutos más tarde, aparecía Robin Nolan en la puerta, mirando curioso.

—¿Todo en orden, señorita Roberts? —indagó el enfermero.

—Sí, gracias —suspiró ella, extrayendo con rapidez la bolsa de plástico de su escondrijo—. Llega a tiempo, Aquí está, Nolan.

—Gracias —la ocultó el enfermero en sus ropas—. ¿Receló ella algo?

—Creo que no. Lo hice de modo convincente. Cree que bebí todo el contenido del vaso.

—Muy bien. Esto no llevará mucho. El doctor Higgins es el analista de servicio. Ya le pedí el favor antes y espera las muestras para su análisis. Usted siga el juego.

—¿Y... si aparece de nuevo ese horrible ser? —jadeó Sheila.

—Vamos, vamos —la calmó Robin con gesto enérgico—. Sabe bien que no es lo que parece. Sólo una máscara de plástico hábilmente hecha, que alguien se pone encima. Quizá la propia Honey. Ella es quien pone el sedante en la leche. Sólo ella puede drogar a alguien con un producto que debilita el corazón paulatinamente, sustituyendo al sedante.

—¿Cree que ella sola lleva todo esto a cabo?

—No. Estoy seguro de que hay alguien más. Ella sólo carga con la tarea de provocar el *shock* a la víctima elegida.

—Pero ¿con qué finalidad?

—Lo ignoro. Tengo una vaga idea, como ya le dije antes, cuando hablamos usted y yo ampliamente en el jardín, pero es sólo eso: una idea. Falta comprobarla. Ésta puede ser la noche decisiva, señorita Roberts. Sin embargo, recuerde que el peligro existe. No se fíe de nadie, excepto de mí.

—Lo sé. ¿Por qué hace todo esto por mí, Robin?

—Lo sabrá pronto —sonrió el joven enfermero—. Pero aunque existe un motivo concreto para hacer lo que hago, también es cierto que hay otro motivo más con el que yo no contaba.

—¿Y cuál es ese segundo motivo? ¿Puedo saberlo?

—Menos aún que el primero —la miró largamente—. Al menos, por ahora... Bien, creo que es mejor que me apresure a que analicen esto. Usted descanse, finja dormir profundamente cuando ella llegue. Buenas noches. Y suerte.

—¿Estará cerca de mí por si...?

—Estaré cerca de usted, no lo dude —asintió Robin con energía, antes de salir.

Pasaron cinco o seis minutos de intervalo. Luego, la puerta se abrió suavemente. Por entre sus párpados casi cerrados, Sheila vio entrar a Honey Miles. La opulenta enfermera se acomodó junto a ella, tras una fría mirada a su rostro y una extraña sonrisa de astucia en sus gordezuelos labios.

—Ahora, a esperar... —la oyó susurrar entre dientes, con voz apenas perceptible.

Sheila sintió un escalofrío de horror recorriendo su cuerpo. Por un momento estuvo tentada de gritar, de provocar la alarma, de romper todo el plan cuidadosamente elaborado aquella tarde en el jardín, en compañía del misterioso enfermero Robin Nolan. Pero de nada serviría acusar ahora a Honey Miles de cosa alguna. Pensarían que sufría manía persecutoria y ya tardaría mucho más en salir de allí. Lo suficiente para no ver nunca ya el mundo, porque ellos la matarían.

Esta noche misma, estaba sentenciada a morir. Si Honey había vertido en su leche algo que no era un sedante, sino un producto que debilitaba el corazón lo suficiente como para que éste fallase ante cualquier sobresalto brusco, es que ella formaba parte del complot homicida. Pero ¿quién sería su cómplice y por qué hacían todo esto?

Necesitaban evidencias, pruebas contundentes para desenmascarar el horror que latía dentro de aquel monstruoso edificio aséptico y frío.

Pero el precio de esas pruebas podía ser su propia vida, si algo fallaba en el plan.

Respiraba lenta, pausadamente, fingiéndose dormida bajo el efecto del sedante. Honey montaba una guardia imperturbable a su lado, sentada en una silla.

El tiempo iba pasando. Los ruidos y voces en el hospital cedían lentamente. Un silencio ominoso, opresivo, se iba adueñando de todas las plantas del gran complejo médico.

Y con el transcurso implacable de esos minutos, la muerte se iba aproximando, sigilosa, a la cama de Sheila Roberts.

Robin Nolan leyó de nuevo el informe del analista, mientras

abandonaba el laboratorio, próximo al depósito de cadáveres. Sus ojos se detuvieron en unas determinadas palabras del informe de laboratorio sobre las muestras de leche y droga:

«... el producto es un derivado de determinados fármacos cardíacos destinados a frenar el exceso de actividad cardíaca, tratado de forma que vaya debilitando paulatina y rápidamente el corazón de quien lo ingiere. Aplicado durante cierto número de fechas, llega a provocar tal debilitamiento cardiovascular, que un simple susto, un sobresalto violento, podría conducir al *shock* y, de inmediato, al colapso irreversible...»

Ya tenía la primera parte del siniestro juego. Era como imaginaran él y Sheila Roberts. La escritora, al advertir que su corazón resistía esa noche, recordó que había vomitado la leche con el sedante, por lo que sin duda quedó muy escasa dosis de la droga y su efecto en su organismo fue mínimo, salvándose así la vida gracias a una mala digestión.

Ahora sólo quedaban dos cosas por probar y descubrir: la identidad del cómplice de Honey Miles dentro del hospital... y el oscuro motivo de aquellas muertes que a nadie parecían beneficiar.

Se cruzó con el joven doctor Normand, a quien saludó distraído. El joven médico le miró con cierta extrañeza.

—¿Usted por aquí? —comentó—. Le creía lejos de esta planta...

—Sí, tenía algo que recoger en los laboratorios —sonrió Nolan—. Buenas noches, doctor Normand. ¿Mucho trabajo ahí?

—No, no mucho —suspiró el cirujano que se preparaba en Medicina Forense—. Por fortuna, hoy no hubo fallecimientos. Sólo espero a que a primera hora, el Ayuntamiento envíe a recoger el cadáver de la muchacha muerta anteayer, Dona Wilcox, de su planta.

—Sí, recuerdo bien —asintió Robin distraído—. ¿Tanto esperan para recogerla?

—Habitualmente, los cadáveres están aquí dos o tres días aunque no hagamos autopsia —rió el doctor Normand—. Pero no hay nada que temer, porque están bien congelados y no se estropean. Buenas noches.

—Buenas noches, doctor Normand —se despidió Robin, alejándose.

Estaba ya junto a los ascensores, cuando se paró en seco. Arrugó el ceño. Una rara tensión se apoderó de él súbitamente. Estrujó el informe de laboratorio entre sus dedos.

—¿Cómo sabe el doctor Normand que yo trabajo en la planta novena? —se preguntó a sí mismo, con repentina sospecha.

Él conocía al doctor Normand por haber estado presente en el traslado de algún cadáver, pero nunca cruzó la palabra con él, ni Normand pareció fijar en él su mirada ni en una sola ocasión. Sin embargo, no había dudado, pese a que eran centenares los que prestaban sus servicios en el hospital, y un hombre con bata blanca se parece extraordinariamente a otro hombre con bata blanca...

Las puertas del ascensor se abrieron. Iba a entrar, cuando la voz sonó fría a su espalda:

—Me equivoqué, ¿verdad, enfermero? Creo que cometí un error. Mi único error...

Robin giró la cabeza, sobresaltado. Contempló la fría expresión del joven médico del depósito, el duro brillo de su mirada. Y, sobre todo, la presencia de un arma de fuego con silenciador en su mano, apuntándole directamente al corazón.

—Temo no entender, doctor... —fingió inocencia Robin.

—Vamos, vamos. No me crea tonto. Honey y yo trabajamos eficientemente y no se nos escapa detalle alguno. ¿Cree que no hemos investigado exhaustivamente a los nuevos miembros o pacientes que ingresaban en el hospital a raíz de las muertes por *shock*? Ya sé que su nombre es Robin N. Malcolm, y no Robin Nolan. Y que es usted detective privado, dueño de una conocida agencia de investigación. Trabaja por cuenta de Geraldine Swain, ¿no es cierto? Ella, no contenta con meter aquí a un policía, Alan Conway, también le contrató a usted para que investigara la muerte de Molly Riggs, su prima. Geraldine Swain está muerta, pero usted sigue molestándonos por culpa de ella. ¿Qué vino a buscar a los laboratorios? ¿El informe de un análisis de la leche con la droga, por ejemplo?

—Parece saberlo todo, doctor Normand —replicó con frialdad Robin, al comprender que ya no podía seguir fingiendo más ante el verdadero asesino, el cerebro de la operación criminal establecida

dentro del centro médico.

—Casi todo —rió Normand—. Me llevó demasiado tiempo identificarle a usted como detective privado. Y ahora, cometí el error de saludarle. Claro que le conozco bien, pero usted tenía que ignorarlo. Conozco a todos los que trabajan en la planta novena perfectamente. He estado allí a veces, pero no como el doctor Normand.

—Ya. Más bien como el monstruo terrorífico, ¿no?

—Veo que lo entiende —la mano movió con energía el arma silenciosa—. Sí, bastaba un susto para detener el corazón de las víctimas elegidas. Lástima que fallara con Sheila Roberts. Es una paciente muy molesta y peligrosa para nosotros. Sin duda fue obra de Alan Conway también. Le vimos hablar con ella en el jardín, maldita sea, y optamos por apresurar su muerte aquella misma noche.

—Ya. Y esta noche le toca a Sheila.

—Exacto. Ya veo que ella conoce el juego y no tomó la leche. De otro modo, usted no estaría ahora aquí. Entre en el ascensor. Iremos juntos a la novena planta. A estas horas, sólo Honey está de servicio allí, así como la enfermera de noche.

—¿Va a correr ese riesgo?

—Sé lo que hago. La enfermera de noche ha sido drogada hábilmente por Honey. Parecerá dormida por descuido, pero estará bajo los efectos del hipnótico. El tiempo justo para que yo aterrice a su amiguita y traslademos luego su cadáver aquí —entraron en el ascensor y Normand pulsó el botón de la novena planta—. Vamos, vamos, señor Malcolm, parece usted muy desolado para ser un detective con experiencia.

—¿Cómo espera asustar mortalmente a Sheila Roberts? Ella resistirá.

—Claro que resistirá. Pero existen medios clínicos para detener un corazón con una simple burbuja de aire inyectada en la sangre. Recuerde que yo soy quien hace las autopsias aquí. No informaré de ese punto, aunque me hagan examinar el cuerpo de la difunta. Tampoco el doctor Hutton lo hará, por la sencilla razón de que él está casi siempre ebrio y soy yo quien carga con la tarea de las autopsias. Pero en este caso, sólo se lo harán si sospechan algo en su muerte.

—Tal vez sea la propia policía quien haga la autopsia a la difunta, como en el caso de Alan Conway.

—Bien. ¿Y qué descubrirán? Absolutamente nada. El frío del frigorífico logra evaporar de los tejidos los residuos de mi droga debilitadora cardíaca, y ésta no aparece en las vísceras. Una burbuja de aire tampoco se detecta fácilmente, por experto que sea el forense. Se puede correr el riesgo.

—¿Y yo?

—Usted morirá. De un disparo. Le hallarán el arma en la mano. Un suicidio. Imaginarán que estaba metido en este feo asunto, y todo habrá concluido.

El ascensor subía lentamente hacia la novena planta, desde los bajos de la morgue. Robin preguntó todavía, sintiendo contra su estómago el largo cañón del silenciador:

—Pero doctor Normand, todo esto ¿por qué y para qué? ¿Cuál es el verdadero motivo de estos absurdos crímenes? Es algo que no logro entender.

—Trasplantes, señor Malcolm.

—¿Eh? ¿Trasplantes? ¿De qué? Los cadáveres se los lleva el municipio...

—Se los lleva para incinerar, no para la autopsia. Sólo Conway sufrió esa autopsia fuera del hospital, y yo lo sabía de antemano. Por eso el cuerpo fue intacto. Los demás, cuando son incinerados, dejan de significar algo. Su rastro se pierde.

—Pero... pero podrían ver costuras, cortes...

—Sólo existe un corte determinado, y lo cubren las ropas verdes con que envolvemos el cadáver —rió Normand—. Recuerdo que yo soy neurocirujano. Y muy bueno.

—Cielos... —Robin miró con horror al médico—. No pueden ser... cerebros.

—Exactamente. Eso son: cerebros humanos. Extraídos del cadáver durante mi guardia nocturna, cuando bajan el cuerpo al depósito. Luego, extraído el cerebro, pasa a un recipiente adecuado donde se conserva durante pocas horas, las precisas para ser trasplantado.

—¡Trasplante de cerebros! No existe aún...

—Existe —rió Normand—. Yo sé hacerlo. Soy el único, ¿entiende? Ya hay varios hombres y mujeres con cerebros injertados

por mí. No, nadie sabe su nombre. Son gente muy rica, que paga por esos cerebros frescos y sanos unas sumas enormes. Un Instituto de Trasplantes que yo dirijo anónimamente, realiza esa delicada y genial tarea en absoluto secreto. Hasta ahora, ha funcionado. Pero necesito cerebros, y así los obtengo. Cuando he extraído el cerebro, coso con rapidez, cubro la cabeza con la tela verde, y el cadáver va así al incinerador, sin que nadie se detenga a examinarlo ni sospeche nada. Recuerde que elijo personas sin familia, cuyo cuerpo nadie reclamará.

—Dios mío, es diabólico... Matar a seres jóvenes, llenos de vida... para dar ese cerebro a gente enferma de tumores, de cáncer, de dolencias incurables... Cambiar su personalidad, darles la memoria y la mente de otro...

—Es un trasplante como otro cualquiera. Luego se les manipulan las células de la memoria, para darles conciencia de sí mismos, de quiénes son realmente... Lo que ellos desean es vivir, estar sanos. También sus familias. Y cada trasplante es una verdadera fortuna. Yo, señor Malcolm, fui médico en California. Me expulsaron de allí, trabajando con Honey Miles por entonces, y dejé de ejercer. Aquí uso nombre falso, y obtuve otro título para ejercer. Nadie sospecha de mí, porque mi historial es ahora totalmente limpio. Nadie me asociará con un médico olvidado, que usaba cuerpos humanos para experimentar...

—Es usted un monstruo, Normand...

—Un monstruo de inteligencia, sí —afirmó él con énfasis—. Estoy orgulloso de mi genialidad como cirujano y neurólogo. He logrado lo que nadie consiguió jamás, ¿se da cuenta? Ahora saldremos al corredor de la novena planta. Verá usted morir a su amiguita Sheila Roberts. Luego le tocará el turno a usted... y se habrán terminado los problemas para mí.

—No durará mucho tiempo con este juego. Le descubrirán...

—No sea necio. Voy a despedirme de este hospital. Y también Honey. Iremos a otro lugar, a repetir la tarea. El Instituto de Trasplantes seguirá recibiendo cerebros frescos, amigo mío. Lo que hasta hace poco era sólo ciencia-ficción, gracias a mí es ya una realidad. Y éste es sólo el principio...

Se abrieron las puertas del ascensor. Echaron a andar corredor adelante. La enfermera de noche parecía dormitar en su asiento.

Estaba profundamente narcotizada. Pasaron de largo, hasta llegar a la cámara de Sheila Roberts. Entraron. Honey se puso en pie de un salto y les miró con sorpresa.

—¡Patrick! —llamó al doctor Normand—. ¿Qué significa esto?

—Ya te lo contaré. Este hombre es un detective privado. Hay que matarlo ahora. Y tu paciente no ingirió la droga. La han hecho analizar, ¿entiendes? Tapa la boca de la enferma. Le inyectaré aire en la vena...

Sheila abrió sus ojos con profundo horror. Antes de que pudiera exhalar un solo gemido, la mano enérgica de la enfermera se apoyó en sus labios fuertemente. La amordazó con eficacia. Los grandes pechos de Honey se aplastaron contra el torso de Sheila.

—Adelante, Patrick —dijo roncamemente—. Terminemos pronto. Dame la jeringuilla. Y tú cuida de ese maldito entrometido...

Robin se dispuso a morir entonces, antes de que la aguja penetrara en la vena de Sheila. Se dispuso a saltar sobre el médico pese al arma silenciosa.

Al iniciar el salto, Patrick Normand disparó. Sonó un taponazo seco, y la bala se perdió por encima de su cuerpo agazapado. Pero antes de que pudiera alcanzarle, el médico iba a disparar de nuevo. Y esta vez no podía fallar...

—¡Quieto, doctor Normand! —Sonó la voz, profunda y áspera—. Un solo disparo más y le volamos la cabeza. Usted, enfermera, tire esa jeringuilla, o correrá igual suerte.

La estancia se llenó de gente. El capitán Fuller, el agente Saunders, el doctor Harris y el doctor Lang, la doctora Gavin...

Todos aparecieron en la puerta del corredor, excepto Harris y Fuller, que lo hicieron por la del anexo destinado a servicio sanitario. Varias armas apuntaron al aturdido Normand y a la enfermera.

—Hemos oído lo suficiente —dijo Fuller—. Y supongo que el enfermero Robin Nolan, en realidad el investigador privado Robin N. Malcolm, nos añadirá el resto...

—Gustosamente, señores —asintió Robin con una sonrisa de alivio, viendo reducir a los dos peligrosos asesinos—. ¿Pero cómo sospecharon que iba a ocurrir esto?

—La policía también sirve para algo —gruñó el capitán Fuller riendo—. El doctor Harris apareció muy dispuesto a escucharnos,

porque ya sospechaba algo así, y hemos montado guardia esta noche, secretamente, a la espera de acontecimientos.

—Menos mal —resopló Robin—. Yo no hubiera podido triunfar...

—Pero hizo mucho, amigo. Más que nosotros. Supongo que sabrá el motivo de todo esto. Nosotros no tenemos ni idea.

—Cuando lo sepan, no van a creerlo —resopló Robin, inclinándose sobre Sheila, a quien preguntó—. ¿Está bien? Ya pasó todo...

—Sí, estoy bien —suspiró ella. Le miró largamente—. Detective privado... ¿Ése era el motivo de ayudarme?

—El primero solamente.

—¿Y el segundo?

—Se lo diré cuando salgamos de aquí usted y yo —rió Robin—. Pero ya puede imaginarlo. Sólo espero que no me dé calabazas...

—Oh, Robin... —ella entornó los ojos—. Era eso... Creo que es el único hombre a quien estaba deseando oír algo así...

—Pues espere a oírlo —sonrió el doctor Harris—. Recuerde que aún está algo débil de corazón... y podría no resistir ese *shock*.

—Lo resistiré, doctor, lo resistiré —sonrió Sheila.

Y miró larga y tiernamente a Robin N. Malcolm, su amigo y salvador. Luego tomó impulsivamente sus manos y las apretó con fuerza. Con mucha fuerza.

FIN

**¡En calidad de novedad
exclusiva!**

M. L. ESTEFANÍA



El mundialmente famoso
autor brinda a sus
lectores la posibilidad
de saborear sus mejores
relatos en las Colecciones...

**CENTAURO Y
OESTE
LEGENDARIO**

**¡Cada título, un vendaval
de emoción! Y atención:
¡Son primeras ediciones!**

*Asegure
su
ejemplar*

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



**PRECIO
EN ESPAÑA 30 PTAS.**

Impreso en España

